

Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo Couve

Narrativa Completa



LA COMEDIA DEL ARTE

I. LA COMEDIA DEL ARTE

CAMONDO EN LOS INFIERNOS

1.

Es la tercera vez que intento este relato, esta tragedia, esta parodia.

Antes fracasé. La significativa alegoría del argumento desequilibraba el texto.

Para lograrlo ahora, me ha sido necesaria una artimaña, una argucia: echar mano de una extrema licencia, dejar de lado el modo habitual con que suelo abordar la confección literaria. Me explico: dar prioridad sólo al argumento; es más, hablar del tema en lugar de narrarlo.

Normalmente me esfuerzo en lo contrario, es decir, ligar lenguaje y contenido con mucha acuciosidad para alcanzar un todo armónico. El resultado en este caso fue desastroso: se obstruyó tan loable engranaje; forma y fondo se fueron por su cuenta y la transparencia, fluidez, y sobre todo la amenidad, no estuvieron presentes.

Sin embargo, el tema mismo quedó latente, intacto, como aguardando una nueva oportunidad. Para rescatarlo, repito, decidí tan sólo hablar de él como acontece cuando describimos un libro, un sueño o una película.

Sospecho que esta vez anduve más cerca, más acertado.

2.

El asunto es que supe de un pintor de mediana edad que, en compañía de su querida, una modelo dada de baja, trepó un día de verano en un bus interprovincial y se dirigió al balneario de Cartagena, lugar donde vivo desde hace años.

Es curioso que, paseando como tengo la costumbre todos los días,

nunca me fijé en ellos, y eso que Camondo y Marieta resultaban bastante notorios, ya que él vestía una rara cotona de lino, un gorro blanco de alas blandas y, sobre todo, cargaba el anacrónico caballete de paisaje, la maleta, el piso plegable y hasta una ridícula sombrilla que ensartaba en la arena.

Marieta era una mujer entrada en carnes, no precisamente de la manera abultada que responde a la conocida estética de los artistas visuales, sino de una gordura descuidada que indicaba que sólo era valorada y requerida por el pintor Camondo.

Además, exhibía cicatrices en el abdomen, detalle imperdonable en una artista de la tarima y la inmovilidad.

En cuanto el bus se detuvo en la plaza del balneario, fueron abordados por los jóvenes que se dedican a sugerir a los veraneantes residenciales y hoteles.

Los Camondo se escabulleron de entre la muchedumbre y cruzaron la plaza.

Recuerdo que en esta parte hice antes una detallada descripción de este lugar venido a menos: su situación actual en oposición a como era a comienzos de siglo, el destino de los bancos de hierro, el estado deplorable de los árboles y una meditación sobre el horrible busto del Padre de la Patria, desdibujado por los repetidos brochazos de reluciente purpurina.

La pareja descendió la empinada pendiente que lleva a la Playa Grande. No había espacio, sólo cabezas, quitasoles y un gentío tan abigarrado como la arena. ¿Dónde poner un alfiler?

El mar liviano transparentando el oleaje, el esmeralda y ese bullicio que no sabe uno si viene del agua, del sol, del público o de lo radiante del día. A veces una voz precisa se desprende del resto del concierto y luego retorna al griterío general, que uno asocia con regocijo, abandono del cuerpo y de las preocupaciones.

Creo, según vago recuerdo, que a esta descripción de los bañistas añadí una poética relación de las olas que se ven al fondo de esa extensa playa de arena negra, la que decía: «Reventaban en silencio como el graznar mudo de las gaviotas lejanas.»

Luego venía la escena de la pareja en medio del gentío; el quitasol, el atril, la maleta, los bultos enredados en el atiborramiento de bañistas que caminaban en sentido contrario.

El pintor Camondo, con su sombrero encima de las gafas, no era grueso ni bajo, ni flaco; tan común y corriente que esto dificultaba una

descripción sobresaliente de su estampa y fisonomía. Marieta a la zaga, a topetones con los veraneantes, dejaba sus redondeces atascadas entre muslos, grupos, familias de la mano, como suelen presentarse algunas para entorpecer aún más el desfile.

Entraron en la residencial San Julián.

¡Y pensar que yo pernocté tantas veces en ese alojamiento!

Lo que no tengo claro es si en la época en que Camondo arrendó la buhardilla del tercer piso, yo aún vivía allí.

Creo que no; me acordaría de tan estrafalaria pareja. La Pilita y la Felipa, las hermanas dueñas de la residencial, atendían a su clientela por la cantina, ocupando el mesón de ese local.

No se atrevían a abrir el vestíbulo por el gran flujo de gente.

Allí, las dos viejas, con peluquín y postizos, intentaban determinar cuál solicitante era digno de confianza.

Aún tengo presente en la memoria cómo describí el cajón de la sumadora que, sonoro, le daba en las costillas a una de las viejas.

Camondo se hacía notar y exhibiendo en alto el caballete, pretendía envolver a las hermanas con su apariencia de artista, treta que escondía un tanto su particular relación con la modelo.

Eso creía él. Las viejas Arancibia venían de vuelta; estaban acostumbradas a todo tipo de estratagemas y no se inmutaban siquiera cuando una desvergonzada pareja alquilaba un cuarto por un rato.

De todos modos, la Pilita se tomó su tiempo; asociaba, al revés de lo que suponía Camondo, el caballete con disturbios pasionales, arrebatos, historias que había visto en el televisor en blanco y negro que cada tarde encendía junto al ventanal.

Ante aquel aparato se instalaba en compañía de una media docena de ancianas, empleadas, la mayoría desahuciada por patronas capitalinas que las dejaban allí de por vida.

La Chelita, la Luz, la Luisa, la Cora, la Berta y la Negra.

La Chelita dormitaba medio cuerpo fuera de la silla y había que darle con la cuchara en la boca.

No sólo servía esta operación para alimentarla, sino para comprobar si aún estaba viva.

Tentado estoy de olvidar mi intención descuidada de «hablar» sobre mis protagonistas y, en cambio, sumirlos en el relato convencional para que sean más ellos y, poco a poco, a medida que adquieran realidad, vayan desprendiéndose del autor, manteniéndolo en un disimulado segundo plano. Pero esto sería frustrar mi proyecto, y me temo

que, si bien ellos alcanzarían a veces mayor relieve, vueltos literatura habitual, podrían también caer en lo que en un principio señalé y, además, en el riesgo e inconveniencia que les significaría el repaso.

Resumiendo: los Camondo se instalaron en el tercer piso de la residencial, en un cuarto azul de techo inclinado que caía a plomo en el fondo de la pieza, al frente de una pequeña mansarda que se abría a la inmensidad de esos dos celestes, el del mar y el cielo, separados por una imprecisa línea de horizonte que dividía ambas tonalidades.

3.

No se confundan estos renglones con borrador, boceto o notas para un desarrollo ulterior; la forma que va adquiriendo el relato responde a lo enunciado; además, utilizo a mi amaño la primera persona, licencia que antes, por lo general, no me permití.

Del ventanuco del altillo que tomó la pareja, salieron a deambular pájaros que yo anteriormente, haciendo alarde estilístico, me preguntaba: ¿golondrinas o murciélagos?, y luego hablaba de las veletas oxidadas que, atascadas, porfían ante la ventolera del mar.

Una vez establecidos el pintor y la modelo, se regularizó su existencia y cada mañana Camondo acudía al paisaje.

Muy temprano, antes de que los veraneantes oscurecieran y trajinaran la playa, cuando los primeros rayos del sol tropezaban con las basuras y accidentes que la muchedumbre había dejado en el extenso arenal, el artista se dirigía hasta el final de esa descomunal distancia, aquella de «olas silenciosas como el graznar mudo de gaviotas y pidenes».

Ya entre las dunas abría su atril, ensartaba el quitasol de lona, preparaba el piso, los colores, la tela y se daba a la difícil tarea de traducir la realidad, introduciéndola en esa superficie plana.

No contento con el resultado de su copia, cogía el cuadro y lo oponía al oleaje, comprobando la diferencia que aún persistía entre los colores del original y los suyos. Cuando estén idénticos —se decía— deberían confundirse cielo con cielo y mar con mar, de tal modo que el cuadro desapareciera completamente y en la inmensidad del océano se percibiera un diminuto rectángulo de inmovilidad. Pero eso es pedir demasiado. Por lo que, desalentado, volvía a la San Julián y antes de entrar, miraba con cierta amargura su trabajo y, a veces, arrimándose al borde del rompeolas, arrojaba el mar al mar.

—¿Y tu paisaje? —inquiría la modelo.

Camondo se encogía de hombros.

Entonces ambos ascendían la crujiente escalera y se encerraban en la buhardilla.

El pintor se negaba a comer, argumentando que no sentía «la satisfacción del deber cumplido» y quitando los colchones al somier, obligaba a Marieta a encaramarse allí para dar la pose.

Automáticamente la mujer se desprendía de su ropa y, conservando los zapatos puestos, caminaba cadenciosa hasta esa tarima improvisada.

Una vez arriba aprovechaba de desgranar porotos, echándolos en el casco de Afrodita que Camondo le perdonaba no equilibrar sobre la cabeza.

Muchas veces con la vista perdida en la lejanía evocaba sus inicios: una interminable banca ante una gigantesca puerta en el segundo piso del palacio de Bellas Artes. Sobre el dintel, una inscripción ininteligible. El corredor de mármol de dos colores y, allí, sentadas, las mujeres aguardando que se abriera esa sala y un ordenanza las llamara por turno a la prueba.

Dentro, el aire enrarecido por los olores del aceite y la trementina, y, tras el enorme ventanal fraccionado de acero, los árboles del parque.

Las estufas encendidas y ante la colchoneta, sentados tras un pupitre, los viejos académicos, maestros concedores de carnaciones, medios tonos, luces en la sombra. Afuera las aspirantes: madres apremiadas de recursos, algunas con un crío restregándoseles en la falda, jóvenes sin trabajo, gente muy modesta.

Marieta, sin la venia del padre, contaba apenas quince años cuando se aventuró a buscar ese empleo.

La llamaron de las últimas. Una vez en la penumbra de la sala, se dirigió a la casucha, y allí, despojada de sus ropas, no se atrevía a salir.

El más viejo de los catedráticos hizo un impaciente gesto al mozo, quien le golpeó la puerta.

—Señorita, apúrese, están esperando.

Marieta, sin la bata ni los zapatos de tacón, que eran la norma, completamente desnuda atravesó ese enorme espacio y se encaramó en la tarima.

¿Y la bata y los zapatos?

Pero las burlas disimuladas y los comentarios de doble sentido quedaron suspendidos ante esas formas y armonía espléndidas.

—Se queda —fue la resolución unánime.

De vuelta a casa no sabía cómo notificar a los suyos de su nuevo trabajo. Sobre todo, intuía la negativa que vendría de su padre, un estricto y fanático obispo mormón.

Fue a la madre a quien primero confió la noticia.

—¡Tu padre se muere, tu padre te mata!

Marieta se encerró en su dormitorio con llave.

A la hora de la cena, viendo el hombre que su hija no acudía a ocupar el puesto, protestó por su tardanza.

—Marieta no se siente bien —dijo la madre.

Fue entonces cuando la joven ideó aquel insólito plan. Completamente desnuda, como Dios la echó al mundo, se presentó a la mesa y se sentó ante el plato.

—¿Te has vuelto loca? —gritó el obispo, irguiéndose violento.

—No, padre, loca no, deseo que seas tú quien primero ponga sus ojos sobre mi desnudez —respondió ella.

En muchos años el hombre no le dirigió la palabra.

4.

Y allí encerrados con llave tanto tiempo, los Camondo llamaban la atención de las viejas de la San Julián, quienes, envalentonándose una con otra, se decidieron finalmente a escudriñar por la cerradura qué cosas hacían la extravagante pareja.

Dándose ánimo sobre los peldaños flojos y apolillados, subieron aferradas a la baranda igualmente suelta y, una vez en el corredor, frente a la puerta, se turnaban en el hueco de la chapa.

La primera vez que lo hicieron, fue la Pilita quien puso antes que su hermana el ojo en el orificio.

Dentro, Marieta completamente desnuda, hacía la Diana Cazadora; con carcaj de flechas a la espalda y sosteniendo un arco en la diestra, reposaba sobre una piel de leopardo que Camondo acarrea a todas partes.

—¡Dios santo, caramba! —profirió la propietaria—. ¡Si hubiese visto esto mi difunto esposo!

—¿Qué hacen, qué es? —decía la menor. Luego, espiando a su turno la clásica escena, opinó —: ¡En pelotas, Jesús mío, no faltaba más!,

y tan seria que se veía la mujer cuando por las tardes pedía ver la teleserie con nosotras. ¡Siempre hablando de tejidos y recetas la muy puta! ¡Vaya a saber una qué gentuza será ésta! Hermana, pídale la pieza, si esto no puede ser, mal que mal ésta es una casa decente.

Y afirmándose de nuevo una en otra llegaban abajo, al patio trasero, donde deambulaban las allegadas de por vida.

En tanto Camondo continuaba con sus panoramas, Marieta advertía el desaire unánime de que era víctima a la hora en que las mujeres arrimaban sillas ante la pantalla chica.

Camondo argüía mil razones para permanecer fiel al paisaje convencional. Hablaba de una supuesta vuelta de la pintura realista después de tantos años de experimentos y búsquedas estériles.

Como era intuitivo, aunque desinformado, advirtió que a comienzos de la década de los ochenta, tanto en Europa como en Estados Unidos, el mundo pictórico se reconciliaba con paletas, plintos, pinceles y lino. El uso del óleo en la escuela llamada «neoexpresionista» llegaba hasta las costas del balneario como el recado de un tesoro en el vientre de una botella.

Y si el oficio tradicional de empastes y veladuras, valores, colores, formas abiertas y cerradas estaba nuevamente en boga, también, por añadidura, la fama, la inmortalidad, tan puestas en duda en décadas pasadas, regresaban a coronar las sienes de los que siempre confiaron en el retorno, en la tradición, en el renacimiento del noble y antiguo oficio.

Camondo se encontraba entonces, a pesar de sus cuarenta y tantos años, otra vez en el comienzo. Apuró ante las olas todos sus conocimientos académicos, dando golpes intrépidos de muñeca, combinados con certeros ajustes del color en su iluminación exacta, para así «traducir la esencia misma de las cosas».

Si afuera había arena, en la caja estaba el ocre; si al frente la transparencia azul y verde de las aguas en vaivén, en el tubo el esmeralda y el ultramar para reemplazarlos, y si finalmente el panorama requerido mostraba gran diferencia de densidades entre arena y agua, en su paleta existía la equivalencia, ya que el espesor del ocre junto al blanco de zinc eran mucho más densos que la líquida y diluida transparencia de las tintas.

El resto era ese imponderable, ese impulso, esa voluntad de tocar como Midas la tela y dar vida al poder creador.

Y mientras manchaba ufano e iba completando la tersa superficie de lona, se imaginaba en las inauguraciones de las grandes galerías, adulado en medio del gentío, cegado por los flashes de los periodistas, citado en diarios y revistas, reproducido en catálogos y monografías, y, finalmente, algún día, colgado en un lugar por ley inamovible, cúspide a que sólo puede acceder un gran artista, un genio: el museo.

Un día de mucho delirio, consecuencia de haber acertado bastante en la traducción del tema escogido, volvió a la San Julián cuidando la tela húmeda como si se tratara de una criatura de pecho.

Caminaba lento porque la observaba a cada instante.

El viento inesperado intentaba arrebatarla de las manos y él lo soslayaba como un piloto que despliega la vela de un yate.

Al aproximarse a la escalera que lleva de la playa a la terraza observó un gran ruedo de gente; algunos miraban la escena desde la balaustrada del rompeolas.

Al centro, un hombre calvo, extraño, moreno, con chaqueta de pana y a pie pelado, dibujaba con un palo sobre la humedad de la arena.

Con la destreza de un Rafael, de un Ingres, de un neoclásico, trazaba grandes Patos Donalds, Minnies, Mickeys, Dráculas y Dumbos.

Jamás Camondo había visto tal economía de medios, tales proporciones; con qué precisión cerraba esas imágenes, equidistando cada punto con igual intensidad de un centro imaginario, repartiendo el interés, logrando la belleza suprema, la armonía que se prueba por la ingravidez que alcanzan las figuras.

La muchedumbre anonadada lanzaba monedas al anónimo hombre del palo, quien no levantaba la vista del suelo. Sólo suspendía su trabajo para recoger el dinero.

De pronto subió la marea; el agua borroneó las imágenes sublimes.

Sobre la superficie reluciente sólo quedaron los restos de una Barbie gigante que el océano arrastraba del cabello a sus profundidades.

El hombre, con el agua hasta los tobillos, recogió las últimas propinas y emprendió el regreso por la retorcida calleja.

A sus espaldas, chirrió un letrero de latón exhibiendo graves faltas de ortografía.

Camondo, cada vez más obsesionado, busca ahora los bosques, los pinos torcidos, las casas hundidas en el arenal; deduce que la ver-dura a horcajadas sobre los deslindes le proporciona planos apropiados para destacar el claroscuro, bloques de matorrales con variedad de matices, simplicidad, poesía, vistas sugerentes.

Y tras este hacinamiento de maleza, coloca el caballete.

Si por encima asoma una guarda de arena o de mar, está radiante de llegar hasta el borde mismo de la tela con un empaste y un interés.

Marieta se aburre; las viejas han echado a correr el chisme de que es una modelo, que posa desnuda a puerta cerrada y los parroquianos cuando sorben la cazuela o aliñan la ensalada, no se privan de mirarla constantemente de reojo.

Ella prefiere el encierro en la buhardilla.

La pequeña cortina se agita como un pañuelo. Abajo, la locomoción no cesa de transportar gente; los cobradores pregonan colgados de la pisadera el nombre de los recorridos. Y la modelo, de espaldas, percibe esas voces y algunas conversaciones trucas como una invitación a la aventura, al amor, que ella siente tan lejano y tan perdido.

Cae la noche. La terraza frente al mar se repleta de gente; a las miles de cabezas las cubren las ampolletas de colores, el hedor de las fritangas; la resaca impregna la San Julián; los vendedores ambulantes se suceden, velas encendidas, juegos, la rueda de Chicago, la cuncuna que se desarticula bajo la capucha de lona, los Dumbos ingravidos del carrusel, la brisa fresca agitando los bordes del mantel de los mesones, el reborde de los forros de los canastos en cuyo interior aún restan algunos gélidos panes de huevo.

La basura, las expectativas de ese conglomerado que va y viene desde el Persa al Hotel Bahía tras nada: chucherías, revistas viejas, libros desencuadernados, souvenirs de pacotilla, cualquier cosa que los identifique con balneario, fiesta, vacaciones; y la sirena vuelve una y otra vez sistemáticamente a delatar incendios de pastos, despojos en sitios eriazos donde más de una vecina enclenque arrima con suma precaución una escalera de mano y, asomada sobre la pandereta, observa cómo las llamas arrasas con la maleza.

Camondo regresa tarde. Una vez en la pieza, vuelve al tema del arte. Prende al muro una desvaída reproducción de la *Ronda nocturna* y comienza con esa peregrina idea de hacerle ver a Marieta que, así como

los valores del claroscuro son tres, sombra, luz y media tinta, este trío, magistralmente distribuido en la obra de Rembrandt, tiene su analogía o guarda relación con la *Divina comedia* del Dante; y sombra es infierno, media tinta purgatorio y luz, paraíso.

Al día siguiente vuelve el pintor a sus andanzas. La modelo desciende desconsolada al comedor, sumándose con disimulo al corro de ancianas que permanecen impávidas ante el televisor encendido.

6.

Pero a Marieta el destino le ofrece una alternativa insospechada. Y esa «sensación de vida», que el pintor atribuye a sus obras, ella la logra en una aventura y en carne propia.

El verano se debilita, las tardes refrescan, los veraneantes se turnan, el comedor de la residencial se renueva.

A una de las mesas concurre el fotógrafo de la playa, un hombre joven forrado en cuero a pesar del calor, que se desplaza en motocicleta con casco negro y anteojos de espejos.

Lleva la barba al ras de las mejillas como una leve sombra y es colorín; recuerda las llamas del sitio eriazó.

De su hombro pende una máquina Polaroid y ofrece retratos instantáneos en colores a los clientes, los que ordena por grupos frente al rectángulo oscuro de las carpas o a pleno sol con pelotas y caballos recortados ante el mar.

Tiene dos pellejos de potrillos rellenos con estopa y un trasatlántico plano que se apoya en ocultos soportes de madera.

Cabe hasta una docena de pasajeros ordenadamente sentados en esa nave de lona, con anclas pintadas, ojos de buey y cuanto adminículo náutico pueda uno imaginar.

Cuando el fotógrafo ingresa al comedor, deja los potrillos en el vestíbulo y el barco al cuidado de quienes arriendan las carpas y quitasoles.

Sólo lleva a la mesa su cámara instantánea, la que coloca cuidadosamente sobre el cuadriculado mantel de hule, entre la vinajera y la panera de plástico.

Se llama Gastán Aosta y es el regalón de las hermanas.

Cada vez que almuerza en la San Julián, la Pilita, en un acto de extrema deferencia, se le instala en la mesa y la mitad de los platos y el vino corren por cuenta de la casa.

Gastón ha retratado juntas y por separado a las hermanas, ha efectuado una ampliación importante de quien fuera el esposo de la Pilita y ha fotografiado el frontis de la residencial en varias ocasiones; al «niño», uno de los pequineses de la dueña, le hizo un trabajo milagroso a partir de una desvaída postal. Fue el perro que se perdió en un concurrido verano y, aunque pusieron aviso y ofrecieron recompensa, nunca lo encontraron.

—Para mí que se lo comieron en la Playa Grande —dijo la Cora para consolar a su dueña.

7.

Sin embargo, la intención con que la vieja retribuye al fotógrafo se vuelve una incomodidad para éste, ya que Gastón muestra mucho más interés en la modelo que acostumbra sentarse en la mesa contigua, que en los agasajos y fúnebres conversaciones de la anciana.

Debe efectuar verdaderos malabarismos para ingerir la colación, atender a la dueña y devolver los guiños que a hurtadillas le hace su enigmática vecina.

Cuando termina y la vieja se levanta para ir a los cuadernos y a lidiar con los distribuidores, el fotógrafo se dirige hasta el vestíbulo con la disculpa de escobillar los potrillos.

Marieta, en vez de acudir a la caja de la escalera, se escurre a ese mismo lugar y como éste permanece en sombras y lo aísla del comedor una mampara de vidrios catedral, se entrega a las ardientes caricias y besos de Gastón sin proferir palabra.

La pareja toma como norma el anonimato y el silencio; y la modelo en brazos del fotógrafo, traicionando al pintor realista, suena a moraleja: ¿acaso no ha suplantado en cierto modo un oficio al otro? ¿Es que no se han derivado de la fotografía las más grandes realizaciones visuales del siglo?, argumenta Aosta.

Ella pareciera no tener dudas al respecto porque, a la menor insinuación del hombre de las cámaras, se deja acariciar entre las mamparas del comedor y la calle.

—Yo, Marieta, te puedo retratar en un instante —le advierte—; no es necesaria tanta pose ni tanta fatiga.

En un comienzo la aventura no llega a mayores.

Marieta es la primera que ingresa al comedor cuando todavía ni siquiera han distribuido los cubiertos. Y allí aguarda.

Camondo se salta el almuerzo. Está acostumbrado a tomar, a la vuelta, unas succulentas onces, analizando al mismo tiempo la tela recién manchada, que él cuelga en todos los lugares imaginables para verla desde diferentes ángulos a distancia y con cambios de luces.

Marieta se las arregla para llevar al fotógrafo hasta el dormitorio. Es cuestión de subir con estrategia y disimulo.

Resulta insólito, pero la única que se percata del secreto idilio es la Chelita, que pende medio cuerpo fuera de la silla y a quien por su estado lamentable alimentan en la boca.

Marieta revive, rejuvenece; este cambio se advierte en su maquillaje, unos pantalones atigrados y zapatos de víbora. Canturrea, desparrama amor a raudales, besuquea a las ancianas, se pone cariñosa y su relajada actitud la hace permanecer mucho tiempo en contemplación de la naturaleza. Sin embargo, a lo comedido, antepone una constante falta de concentración, sobre todo hacia Camondo, para quien se ha vuelto indiferente al extremo de irritarlo.

Bosteza ante sus divagaciones estéticas, no atiende a sus obras que se amontonan y cubren las murallas y, cuando lo siente remecer los peldaños y la baranda, advierte que su dicha debe ser disimulada.

Un día, Camondo sospechó de la modelo.

Hizo la parodia de preparar los bártulos, pero en vez de llegar hasta el recibo, bajó sólo algunos escalones y se refugió en el corredor del segundo piso.

A los pocos minutos vio descender a Marieta irreconocible; iba desparramando un fétido perfume por esas sombras húmedas.

Aguardó.

Pasó el tiempo.

Otra vez aquel aroma intenso, los peldaños, el bamboleo de la baranda y ella de vuelta, seguida ahora por un extraño de anteojos oscuros y casco de protección en la mano.

Hablaban entrecortado, entraron sigilosos y cerraron la puerta.

Primero las risas, la chacota, luego el silencio, el ruido característico de los cuerpos.

Camondo empujó la puerta, lo primero que vio fueron los dos peinadores que había en el cuarto, repletos sus espejos de agua y resolana; y bajo la mansarda, a su mujer en un todo con un hombre desnudo.

Vino el alboroto: el fotógrafo, preocupado de sus ropas, salió a topetones, golpeándose contra los muebles y el marco de la entrada.

La modelo, por primera vez en su vida, sintió vergüenza de su cuerpo y cubrió su desnudez.

«No, padre, loca no...»

8.

¡Cuántas veces no he descrito este relevante momento en que Camondo para testimoniar su dolor y su fracaso, en un acto de desesperación suprema, arrancó de cuajo los cuernos de venado de una percha que había tras la puerta y, atándolos con un alambre, se los colocó a cada lado de su sombrero de paño, el que se encasquetó hasta las orejas!

— ¡Putá arrastrada, ésta es tu obra! — exclamó — y ahora bajaremos juntos al comedor, quiero almorzar con estos cuernos.

— Jamás — respondió ella, retrocediendo horrorizada.

Pero el dolor del pintor tenía prioridad; así que cogió a la modelo de un brazo, la forzó a vestirse y la condujo escaleras abajo.

Cuando los veraneantes advirtieron a la pareja, él con esos enormes cachos y ella forcejeando, se echaron a reír, aplaudiendo, silbando, en tanto Camondo, con una seriedad muy marcada, tomaba en silencio su merienda, obligando a la modelo a hacer lo mismo.

Cada mañana, Camondo cargaba su caja de óleos no sólo con tubos y frascos, sino que introducía entre los pinceles los cachos de venado.

Una vez ante el paisaje y sentado cómodamente frente al caballete, disponía la paleta, no sin antes haberse colocado el par de cuernos en el sombrero y, de este modo, daba inicio a su trabajo.

Visto de espaldas parecía un gran alce recortado contra el cielo.

Marieta regresó a la ciudad de Arica, de la cual era oriunda. Durante mucho tiempo no se supo de ella.

El fotógrafo, que sólo oficiaba en la temporada veraniega, antes de la Semana Santa, cuando el agua resbalaba a raudales por los muros de la San Julián y Camondo pintaba en la buhardilla naturalezas muertas, dejó el balneario.

¿Y Camondo?

Aunque parezca extraño, a este último le estaba reservado un curioso desenlace.

Transido de soledad y abandono en un comienzo, no claudicó en

su empeño diario y, desafiando viento, lluvia, humedad y pena, acudió cada día frente al mar a retratarlo.

Sucedió que la playa quedó desierta y sólo la transitaba una pobre demente que había perdido el juicio a raíz del accidente que sufriera su esposo, un buzo de la zona que, junto a otros pescadores, naufragara frente a esa Playa Grande.

El mar nunca devolvió los cuerpos y la pobre mujer no se pudo consolar, trastornándose ante la expectativa de que el océano se lo entregara.

Así, la loca tomó la insólita costumbre de correr de un costado a otro de esa extensa superficie.

Corría, se detenía, llevaba la mano a la frente, oteaba el horizonte, volvía a emprender la carrera, retrocedía y otra vez la mano cual visera, la vista fija en el oleaje vacío.

Siempre vestida de harapos, con calzado hecho pedazos, comía con los perros, dormía bajo las gradas.

Camondo estaba habituado a que esa figura de oscuro constantemente se le cruzara frente al motivo.

Jamás ella se interesó por espiar su trabajo.

Su concentración estaba, como la del pintor, en el oleaje.

Abatido, el artista dejó finalmente de acudir al mar; solo, en cama, observaba su abandono dos veces retratado en el par de peinadores de la pieza.

Cuántas soledades y tragedias no habrán reflejado estos viejos muebles, se decía.

Decidió entonces quitarse la vida.

Escribió una carta a las viejas, adjuntó unos cuantos billetes y se encaminó, sin hacerse mayores conjeturas, al malecón.

Allí, en compañía de un farol del que pendía una ampolleta suelta y al son de la pantalla de latón que el viento azotaba contra el poste, intentó arrojar al abismo, pero al observar esa especie de remanso muelle, aparentemente inofensivo, sintió pavor.

Bajó a la playa, pensó que entrar en las aguas despacio le resultaría más fácil. Se quitó la ropa. A poco andar, cuando el violento y pesado vaivén lo invitaba a las profundidades, regresó apresurado y permaneció en la arena boca abajo, e importándole un bledo su desnudez y abandono, se durmió.

Parecía un náufrago.

Una mano pálida como su rostro lo acariciaba cuando despertó.

La insana estaba fuera de sí, su alegría no tenía límites, al fin el océano le devolvía su hombre.

Y Camondo, quien había muerto definitivamente para el arte, renacía para el amor.

¡Pintores del mundo, regocijaos: Camondo ha echado pinceles y cuernos al mar!

MEDIA TINTA

1.

En un primer tiempo, Camondo quedó hechizado con Helena, su nueva y todavía joven mujer. Si bien no era de su tipo, al verla arriada al lavaplatos, la cocina y recorriendo con el trapero cuanto rincón existía, sintió que lo último compensaba lo anterior.

En el lecho encontró también novedades que no viene al caso detallar; sólo acotar que la mujer del buzo le despertó instintos levemente sádicos y así conoció Camondo el placer a través del hostigamiento.

Lo cierto es que el pintor y la insana se divertían a morir, entusiasmo que los movió a arrendar una antigua casa en Playa Chica, venida a menos y como todas las del balneario, llena de recovecos y sorpresas.

Esa arquitectura pintoresca que allí existe debido a las múltiples y desacertadas transformaciones que sufren esas casas y que dan cuenta del pésimo gusto de sus moradores.

La pareja redescubrió la vida doméstica, y aunque Camondo bajó varios peldaños de categoría, se sintió eufórico al adquirir vajilla barata, cortinas en la ropa usada, en fin, alhajar su nueva vivienda como si nunca antes lo hubiese hecho; pasaba en limpio su anterior etapa hogareña, calcaba de mejor a peor, pero en un entorno tan insólito y original, que un azucarero de plástico sobre la ventana frente al mar, adquirido en un baratillo de San Antonio, tenía un peso, una proyección que jamás alcanzaron sus juegos de porcelana y enseres finos cuando convivía con Marieta.

Y esta situación tan ajena le levantó el ánimo, entró a circular en

un ámbito nuevo en un tiempo con diferente ritmo. Rejuveneció, sólo el detalle de su persona era en todo ese contexto el mismo; pero como él no se veía y estaba en abierta minoría respecto del resto, sucumbió al engaño, jugó en vez de vivir, agilizó su habitual morosidad, y la idea del arte, la belleza y todas esas trascendencias convencionales, al posponerlas, le dejaron el camino libre.

Ella por su parte, obligada a atender a su nuevo compañero y, al mismo tiempo, experimentar los cuidados que durante tantos años no tuvo con su persona, como bañarse en agua caliente, comer a sus horas, dormir bajo cobertores y demases, le hizo olvidar su drama; se enamoró de nuevo, creyó. No quiso pensar, y vaya a saber uno qué transformaciones sufrió esa cabecita de moño tirante y ojos saltones que se esmeraba en servir sin darse tregua.

Dos alivios, dos complicidades al unísono, dos intermitencias en un antiguo empeño insostenible: amor y muerte por un lado, y la belleza en manos desafortunadas por el otro.

Habían resuelto dejar de lado por un tiempo esas torturas; ahora, más livianos, ocupados en minucias concretas y cotidianas, le cumplían embelesados a este respiro en sus vidas.

Estaban sus destinos de vacaciones, en receso, de recreo.

2.

¿No es esto purgatorio? ¿Un tramo de enlace opaco entre la sombra profunda y la luz radiante?

¿Podrían acaso estas dos intensas realidades convivir directamente pareadas? Parece improbable. Siempre las tendremos distanciadas por esta base intermedia de purgatorio gris que sin responder a la tiniebla ni alcanzar resplandor, representa esa penumbra donde los acontecimientos carecen de relieve.

Todo allí es medianía, no se logra el contraste, y lo neutro cerca a los protagonistas.

Y si Camondo, por otro lado, se sintió tan a gusto en el purgatorio, lo comprendo, porque es común que los artistas, a veces cansados de la trascendencia y el éxtasis, se conmuevan con los temas de acontecimientos anónimos y seres deslucidos; destinos que transcurren en el total desprecio de volverse modelos del resto. La huella de su tránsito anodino no perdura y, sin embargo, no dejan de erigirse en ejemplo quienes le cumplen con resignación a la vida, sin tomarla muy en

cuenta; su osadía alcanza incluso a mantenerlos indiferentes respecto del éxito.

Importan los diablos y los ángeles, ¿qué duda cabe?, pero los «don nadie» no dejan de tener relevancia; si no fuera por ellos, los extremos cara a cara harían la vida muy violenta, de cortes abruptos; la media-nía suaviza, temple.

¿Llamaríamos entonces mediocridad al amanecer y al véspero, cuando sol y luna son sólo anuncio y aún no acuden a enseñarnos su intransigencia e irrevocable rivalidad?

3.

Y Camondo y Helena configuraron, con todo, una pareja armónica.

Tan insólita junta hizo a los vecinos verlos de tantas formas diferentes, que no fijaron en definitiva ninguna.

A veces fue Camondo para ellos un déspota, un depravado abusando de una enferma; otras, el pintor era víctima de su soledad, viéndose obligado a acoplarse al ser más insignificante del litoral para sobrevivir y llevar con dignidad su abandono.

Y le daban vueltas al chisme, a la lengua, en tanto la pareja deambulaba por la calle principal, cumpliendo con tesón el ritual de almacenes, carnicerías, bazar y tiendas. Y en cada elección de verduras, abarrotes, o ante la romana que pesaba la mercadería, intercambiaban preguntas comedidas con las caseras, se aprendían sus nombres, fechas representativas, todo de memoria, ganándose las como amigas.

Dadivosos en el pago de lo menudo, hacían vista gorda de vuel-tos, calderilla y molido; calculaban mal, creían los negociantes, igno-rando que los Camondo sumaban cuentas más sutiles.

Fue así que, cuando la casa estuvo alhajada, pudieron sentar a la mesa un verdadero contingente de vecinos y comadres; y en ese comedor de sillas heterogéneas, que no calzaban con los trinchés, extendieron mantel largo y trataron a la verdulera, al marido de la señora de la cantina, a un matrimonio jubilado —ella, matrona; él, un devoto que tropezaba con el rosario— como príncipes.

Y fueron sumando conocidos y arrimando más puestos al festín.

Se hablaba de la dificultad que significaba dejar las casas solas, desmalezar los jardines —que nadie quería hacer trabajo tan ingrato—,

de la reticencia que mostraban las gallinas por comer el alimento preparado, que nada reemplazaba al «alfilerillo», maleza tiesa de insignificante aspecto, pero de profundas raíces nutritivas.

¡Y qué decir de los pollos Flor de Haba!

Se daba por descontado que las Suculentas eran «carne de perro», referirse a ellas significaba no sólo ignorancia, sino pérdida de tiempo.

Y Camondo ponía suma atención en los detalles de la confección del dulce de membrillo.

Unas damas aconsejaban echar antes a la olla las cáscaras en almíbar, otras aspiraban a que el pintor adhiriera al secreto de tirar sólo los trozos pelados de la fruta, ya que no ponían tanta dificultad en la cocción; pero todas, absolutamente todas, estaban convencidas de lo traicionera que era esa confitura cuando los borbotones del hervor le saltaban a uno a la cara.

Todo este enjambre seguía cierto trazado y una rudimentaria etiqueta implantada por Camondo era ciegamente obedecida: aguardar en el saloncito a que los dueños de casa acudieran a saludar a sus visitas, sentar a la cabecera de la mesa a las señoras por sorteo, ocupar tan sólo una bolsita de té instantáneo por persona, ignorar los desbordes del señor Ramírez, esposo de la señora Inés, cuando trituraba la jalea; el hombre padecía una enfermedad nerviosa.

Añadíase al grupo el cura de una de las parroquias aledañas al balneario. Este personaje era tratado con la consideración propia de su investidura. Hablaba menos, evitaba los juicios, comía poco por cortedad, se desvestía —decían los feligreses en un acto de sumo pudor y economía, con la luz apagada— aprovechando el farol de la calle; pero Camondo se enorgullecía de pasearse entre las plantas del jardín con el sacerdote.

Legitimaba con su presencia esa unión no oficial. Quizás por el hecho de que Helena fuese una hipotética viuda y Camondo artista, el fraile les garantizaba un tiempo de prueba.

«Pintor casado, perro amarrado», había sido la frase predilecta del maestro González.

Cuando los invitados se retiraban, la pareja ponía empeño en volver toda esa trifulca a su antiguo orden: guardaban la loza, sacaban las migas, ordenaban las sillas, pero sobre todo se iba Camondo al teléfono a comentar con cada uno de ellos los pormenores de la velada.

Y la estupidez colectiva no sólo tenía su asiento en el saloncito y

el comedor, sino en ese parloteo insípido con el que intercambiaban nimiedades, recetas caseras para enfermedades dudosas, como la eficacia del «sudor de hacha», la cataplasma, las obleas de Passiflora, los extractos de ajeno, escaramujo y bayas de enebro, remedios para todos los percances que agobiaban a esos personajes y en los que vivían inmersos.

Camondo no añoraba su oficio de pintor, como Helena no se refería jamás a su amor náufrago.

Asociaba el artista sus pasados ensueños estéticos a violencia infernal.

Quería oír melodías y no estridencias. ¿Cómo comparar los valses vieneses, que traía en una grabación la señora Inés, con el sórdido ruido que había efectuado Marieta el día que arrastró sus maletas por el suelo de la buhardilla de la San Julián para tomar el bus al norte y desaparecer? Esa sonajera de bultos sobre el entablado, ese crujir de dientes, chirriar de cadenas eran para Camondo similar a la música del fondo de los oleajes, vueltos duros y recargados de pasta cuando pretendía movilizarlos en sus retratos del mar. Tampoco Helena deseaba sentir el concierto de esas enormes olas que luego de alzar sus transparentes fauces, las cerraba estrepitosamente sobre sus huellas.

Correr, correr, otear las aguas, devolverse, volver a escudriñarlas, no guardaba relación con pasar altivamente del pequeño salón al comedor rodeada del murmullo de todas esas dependientas de despacho que, apretadas en sus perfumadas pilchas, la acompañaban a la mesa.

¡Qué descanso estas mujeres de dedos gruesos, firmes, rojos como rábanos, uñas rotas, habituadas a trozar el corte de zapallo, contar el sencillo, escoger la fruta sana, sacar y poner la mercancía de la balanza arreglada, cerrar con destreza los cartuchos de arroz, azúcar, chuchoca, en comparación a aquellas diablitas de la San Julián, la Pilita vigilando ese patio trasero, seboso, donde si se descuidaba, más de una vieja ociosa de puro gusto le quebraba la loza!

Ninguna de esas ancianas se valía por sí misma; entraban y salían de sus cuartos negros sin ventanas, chorreado el empapelado, a deambular en el patio ciego y, resentidas muchas veces en el horror de su falta de destino, imaginaban atrocidades y entretenimientos de mala índole.

¿Acaso no fue duro para la Pilita ser testigo, sin proponérselo, de lo que la Negra le hizo a la Berta?

Porque esta última tampoco era tan inocente; llevar las manos arriba equilibrando la canasta con la ropa no le impedía defenderse.

Al parecer estaban de acuerdo. Así se lo contó la Pilita a su hermana, quien acotó: «Par de sucias».

Y la Pilita repetía: «Entonces la vieja fresca se detuvo con la canasta en alto y la Negra se le plantó enfrente y le metió las manos bajo el pullover y le amasó las pechugas, ¿creería usted, hermana, que la vieja no dijo ni pío?»

¿Qué no es de conocimiento público que entre esas allegadas a pote pelado había una que era barbuda y no se mostraba nunca?

—¡Eso es el infierno, Helena, eso es el averno! —aseveraba Camondo—. Demos gracias a Dios que hoy podemos rehacer nuestras vidas, comenzar de nuevo, caminar con la frente en alto, no más violencia, rodearse de gente sencilla, sana, quitada de bulla, aceptar invitaciones y retribuir, sobre todo retribuir, compartir alrededor de una mesa, al calor del hogar, hay tanto que aprender: la poda del rosal, los fertilizantes, coser a máquina, pintar los techos con antióxido para las lluvias, el secreto del tapagoteras, limpiar las alcantarillas de esas raíces subterráneas que las obstruyen, avanzan, cubren los espacios, detienen el curso de los desagües, alborotan la circulación normal de las inmundicias.

4.

Pero la mansedumbre de Helena no se mantuvo en el tiempo.

Hacendosa, dócil en un comienzo, poco a poco fue imponiendo su carácter y a la voccecita melosa del inicio, reemplazó el grito destemplado, el portazo, el amurramiento.

Tal vez el encierro a que estaba confinada la pareja les hizo darse de cabezazos, o quizás Camondo, más evolucionado, imponía un trajín, un ceremonial que la mujer en el fondo no compartía.

La ubicación de muebles, el rodearse de personal, jardinero, cuidadores, maestros, hacía sentirse a Camondo como un señor, pero dentro de ese séquito, Helena representaba una figura más del tablero y ella advirtió ese detalle. Ésta fue la razón que tuvo para huir. Es posible que su conciencia y su memoria le jugaran una mala pasada. El asunto es que, sin previo aviso, se escurrió a la Playa Grande y en cuanto puso los pies en la arena, se dio a correr desenfrenadamente como antaño.

Camondo, descompuesto, se le plantaba enfrente, pero ella,

forcejeando, de un manotazo lo apartaba de su ruta y, otra vez, ante el oleaje corría... imploraba...

Sus ropas se deterioraron, los perros le hicieron compañía, pernoctó bajo las gradas.

5.

Por segunda vez, Camondo había sido abandonado.

La primera, violenta, respondiendo a razones más bien culturales. La segunda, no menos grave, pero más atendible.

Después de todo Helena se había dado una licencia en su delirio.

Ya hacía tiempo que el pintor la encontraba dubitativa; que lo miraba, más bien auscultaba como preguntándose, «¿y qué hago yo aquí?» o «¿quién es este señorón a quien sirvo?»

La tradición no consigna que alguien proveniente del infierno, como era Helena, saliera de él, estuviera una temporada en el purgatorio y luego, tan campante, regresara a esa rutina infernal.

Esta vez aconteció. Camondo dirá más tarde que ella desaprovechó su oportunidad única. ¿No sería que el pintor desatendió el amor porque a su vez, como Helena, prefirió la intensidad del tormento a la medianía del purgatorio?

En tanto la insana poco a poco retomaba su antojadiza idea de que el océano la favorecería con un naufrago vivo después de años, Camondo paulatinamente también fue añorando los encantos que Marieta le brindara.

El concepto de amor que le planteaba Helena no iba con su sensibilidad creadora; para Camondo si el sexo y las caricias no estaban inmersos en una atmósfera poética, insertos en un cuento, en una historia, no lo seducían.

Para el pintor, el amor era uno más de sus temas predilectos. Así, el paisaje lo sentía como parte indispensable de sus idilios, los que siempre comprometió con el entorno; escenarios tan enérgicos como la protagonista que tenía en sus brazos.

Helena en el amor, a la inversa, luchaba contra la naturaleza, y el paisaje era su enemigo; representaban esas olas las victimarias de su pasión, y no como en el caso de Camondo, el telón de fondo sentimental de sus aventuras y conquistas.

Y el pintor extrañó repentinamente a su modelo, buscó su dirección y le escribió implorándole regresar a su lado.

La respuesta no se hizo esperar, y una postal con el Morro de Arica en el anverso llegó a Cartagena.

Camondo estaba eufórico, preparó el taller, barrió, zurció el biombo, asoleó la colchoneta de la tarima, limpió las estufas, ordenó las armas antiguas, el carcaj de Diana, el gran recipiente de la *Venus del baño*, el casco de Afrodita, la piel de leopardo y aguardó, y aguardó. Se reconciliaría con la modelo, pactarían, otra vez llegarían a acuerdo. Y como muestra de su propósito, cambió de sitio los muebles, adquirió otra ropa de cama, nuevas cortinas, diferente vajilla, proponiéndose borrar la etapa en que Helena vivió a su lado. Esa mujer intensa, que su naturaleza de artista hubo de aplacar con un sinnúmero de distracciones y actividades secundarias y menudas, para poderla soportar. Ni así logró reducir en ella su porfiado y mórbido empeño.

Ahora acudía el amor de su conveniencia: la modelo, mujer que, a diferencia de Helena, se sumaba a su actividad creadora.

Volvería a pintar, era lo suyo, y lo haría en compañía de Marieta quien, así como hacía el amor, le lavaba el manojo de pinceles.

6.

Pasado un tiempo desde que Marieta enviara la postal, un día descendió del bus en la plaza de Cartagena.

Mientras se dirigía a la Playa Chica buscando la dirección de Camondo, sintió angustia.

Sus zapatos de tacón parecían trabarse en la pendiente; sin embargo, superando los miedos, se acercó a la casa.

El pintor dormía la siesta.

Los golpes a la puerta lo hicieron bajar.

Al abrirla el vano enmarcó, como en un gran cuadro con fondo marino, a la modelo.

Pero antes de que ésta abriera la boca, Camondo retrocediendo, exclamó:

—¿Quién es usted? Usted no es Marieta. ¿Entonces mi Marieta no ha regresado? Tú no eres... la que se fue no ha...

La modelo, estupefacta, no podía comprender tamaña incongruencia.

—Pero, Camondo, ¿te has vuelto loco? ¡Pálpame, tócame!

—Tú no eres la que se fue —repetía el pintor, y la modelo bajó la

vista recordando tal vez su pasado, y en voz baja musitó: «No te olvides de que yo fui mala».

Entonces el pintor cogió su sombrero y un bastón, que más por coquetería que por necesidad usaba, y se encaminó a la plaza, seguido de la pobre y desconcertada mujer, que iba llamándolo a medida que hacía esfuerzos por alcanzarlo.

— Te iré a buscar, te iré a buscar a Arica — repetía el pintor — . Sé que allí me estás esperando.

— Pero si estoy aquí — insistía, lloriqueando la mujer entrada en carnes que con dificultad le daba alcance.

Ambos treparon a una micro local, la que con lentitud fue orillando la costa en el tramo que separa Cartagena del puerto de San Antonio.

Abajo en los abismos se azotaba en silencio el mar contra las rocas, y todo ese añil y verde revueltos sazonado de espuma, observaba la modelo que, muda, iba como el pintor sujeta de la barra del techo.

Las aguas ingresaban veloces entre las rocas más complicadas, amoldándose perfectamente a esos vanos entre peñascos. No sólo repletaban los espacios, sino que de paso desbastaban la arrogante eternidad que embestían.

Cuando descendieron y Camondo llegó a las oficinas de la Gobernación para inquirir por un pasaje en un barco de carga que llevara viajeros rumbo al norte, la modelo se palpaba, se pellizcaba las mejillas para cerciorarse de que no había perdido su corporeidad y vuelto un ánima.

— Camondo, te ruego recapacites. ¿Cómo es posible que vayas a buscarme estando yo aquí presente?

— ¡Tú me cuidas la casa — agregó el pintor — mientras encuentro a Marieta, y te aseguro que la hallaré!

La modelo miró rápidamente de soslayo la sucesión de boliches con toldos y vitrinas para comprobar si no soñaba.

Camondo no sólo requería un boleto en un barco de carga de la Compañía Sud Americana de Vapores que lo condujera a Arica, sino que dejaba definitivamente el purgatorio y emprendía rumbo al paraíso.

UN GRITO EN EL CIELO

1.

Camondo regresó cabizbajo a Cartagena.

En el taxi colectivo, Marieta se permitió tomarle la mano.

Una vez en el balneario, la pareja se dirigió no a la casa de la Playa Chica, sino a la residencial San Julián.

La Pilita se encontraba en ese momento sumamente atareada probándose una guerrera de bombero, ante el espejo del dormitorio, asistida por su hermana. Era miembro honorario de la Tercera Compañía. Los botones dorados refulgían en el abultado pecho encendido.

Curioso atuendo para la más infernal de todas.

El pintor buscó el patio trasero.

En la penumbra, bajo un alero improvisado con una plancha transparente, apoyado contra las jabas vacías de gaseosas, se encontraba el trasatlántico de lona por un solo lado, del fotógrafo Aosta. También los potrillos rellenos se guardaban en esa bodega abierta.

Durante el invierno la nave aparecía, por la acción de las lluvias, algo desteñida; sin embargo, el nombre *Escorpión*, repasado muchas veces con tiza, se destacaba de las anclas y escotillas pintadas.

Camondo se encaramó, se sentó tras el telón naviero y cerrando los ojos, ignoró a las viejas que lo rodearon.

Una profunda oscuridad, como un espeso velo, se dejó caer sobre el desolado panorama invernal de la bahía.

Marieta lo observaba fuera de sí.

Allí, frente al molo, en uno de los muelles, fondeaba el *Escorpión*; los amarradores ya se disponían a largar espías y la tripulación de guardia esperaba a los escasos pasajeros que estos barcos llevan a bordo.

El fuerte viento hacía flamear los costados de la lona con que habían decorado las barandas del portalón que iba a cubierta.

Las grúas levantaban por los aires grandes bultos, lingotes de cobre y otras mercancías.

Camondo acudió a reconocer su camarote.

Éste parecía que se iba a partir en dos por la crujidera de sus muros. Arriba en el techo se veía tubería en todos sentidos; la cama de hierro con otra similar encima, enfrentaba un lavatorio insignificante bajo un ojo de buey.

El pintor subió a cubierta. El *Escorpión* poco a poco fue dejando el muelle; en tierra, las viejas decrépitas empequeñecieron, sacaron pañuelos, la barbuda desde la puerta de su pieza agitó un sostén.

Los cerros y dunas que protegen al puerto mostraron su perfil; sobre éste aparecieron las cruces del cementerio, los árboles más destacados, una que otra casa principal.

Inmediatamente fueron llamados al comedor.

La media docena de pasajeros tenía su ubicación en una mesa aparte.

Camondo en un comienzo se resistió a acudir allí; el fuerte olor a desinfectante y el rítmico balanceo le habían quitado el apetito.

Sin embargo, hizo un esfuerzo y bajó las escaleras hasta ese bullicio.

El sol distaba mucho de cerrar el día; ya estaban frente al balneario contiguo a Cartagena: Las Cruces, donde el diablo, perdida la partida con Camondo, hacía de las suyas.

2.

Camondo iba en busca de su musa inspiradora, la de antaño, la de sus sueños, amor de su vida, compañera de avatares, triunfos y fracasos.

Y al sentir el movimiento del barco, esta nave que flotaba sobre esa inconmensurable superficie, apartada de la tierra, desconectada de la rutina y vigilancia de quienes nos rodean, Camondo pudo hacer factible su locura de buscar a alguien que en realidad sólo existía en su porfiada imaginación, en su testarudo recuerdo.

El viaje facilitaba su desvarío. ¿Acaso no estaba en una situación de suspenso, de tránsito, idéntica a la de los que iban con él?

¿Acaso el resto de los pasajeros no acudían también a una cita, a cumplir un compromiso?

Y entonces, ¿no era él similar a los otros en esta etapa de espera? ¿Quién pondría en duda que se dirigía al encuentro de su amada?

En el tiempo que durara el viaje le estaría permitido hacer creer a los demás, y creer él a su vez, que se encontraba en vías, en dirección de ese objetivo.

Hablaría de Marieta, se la describiría a sus compañeros de camarote y en la mesa haría el elogio de sus dones y cualidades.

Cuánto añoraba que el vecino de alcoba le preguntara: ¿cuál es el

motivo de tu viaje?, para poder responder con toda propiedad: «Voy en busca de Marieta, mi modelo, mi mujer».

Y entonces de seguro que todos le expresarían el deseo de que la encontrara buena y sana, y brindarían por aquella unión.

Allí, a bordo, no lo conocía nadie. Sobre esas profundidades su ensueño parecería legítimo, como las expectativas de los demás viajeros.

Y lo cierto es que su afán era incluso más descabellado que el de Helena, porque él iba al encuentro de nadie; en cambio, la insana reclamaba un cuerpo que el mar sí guardaba con celo.

Ir tras nada en medio de la credibilidad del resto, ¿no era acaso extraordinario?

Y si llegara a convencerse, de tanto repetir el cuento, ¿no adquiriría cierta forma su anhelo? ¿Y si su necesidad de recuperar el amor perdido conmoviera a Dios, que lo puede todo, no tendría una recompensa su intento?

¿Acaso la fe no comenzaba a involucrarse en sus propósitos?

¿No navegan así, soslayando la vida, tantos disconformes que añoran al término del viaje algo más placentero?

Lo que sí tenía claro Camondo era que esa Marieta, aquélla que arrepentida recortó el vano de su puerta, era irreconocible, imposible de considerar.

«Quien nos abandona, aunque retorne no es nunca la misma», se dijo, consciente del lugar común.

Y cuando el amor ha quedado intacto y sabemos que la persona está viva, no queda entonces otra alternativa que buscarla dónde y cómo sea, incluso apartándola a ella misma, si es que con su cambio nos obstaculiza el paso.

¿Es eso amar?

3.

Más grave que para el hombre despechado, a cuya puerta retorna la amante infiel, había sido para Camondo la llegada de Marieta.

Ella representaba además su ideal de belleza, se trataba de su modelo oficial.

Verla envejecer día a día a su lado, y bajo su vigilancia, era un proceso, aunque duro, llevadero.

Pero después de un tiempo de ausencia, comprobar su deterioro

de golpe, tratándose del objeto de su inspiración, del de sus obras, resultaba inadmisibile.

¡Cuántas huellas mostraba ahora ese rostro que conocía como nadie!

¡Guiñapo, maltrecha copia de sí misma, fea cosa, grotesca aparición a la puerta de su casa!

¿Qué fijar ahora sobre la tela? ¿Esa triste y descompuesta decadencia?

¿Inventar, mentir, pintar de memoria, ante esa irremediable máscara, réplica de su antiguo propósito de armonía?

¿O es que sus ojos, habituados sólo a ella, en esa tregua que fue su visita al purgatorio, al conocer otras realidades, volvieron en sí y constataron que lo que siempre consideró excelso era pura fantasía?

Buscaba en ese viaje, acaso secretamente, lo recompensaran del engaño de que siempre en el fondo había sido víctima.

¡El amor, la belleza con nombre de Marieta!

Ahora navegaba y no estaba soñando, aseguraba, podía enterrar los dientes hasta quebrárselos en esa galleta dura que daban en reemplazo del pan durante las comidas.

4.

La manera instantánea que tenía el fotógrafo que había seducido a Marieta — de fijarla en la cartulina — le otorgaba mucho más tiempo para tenerla entre sus brazos y ajarla.

A él, en cambio, esas largas y tediosas sesiones con que la insertaba en la tela — y hasta con defectos — le habían hecho invertir tanto tiempo precioso, tanto empeño, que ese exceso redundaba en cansancio e iba en desmedro de sus apetitos.

¿Cuántas veces pudo Gastón Aosta reproducir a su modelo mientras él recién salía del boceto?

¿Y la buscó acaso cuando dejó de ser novedad?

Él, a la inversa, apartando los despojos que se allegaron a su puerta, corrió a la dirección que traía el remitente de su carta para rescatarla a tiempo y traerla de vuelta.

¿Y los gritos de Marieta en las viejas calles de Cartagena?

¿Y su compañía en la micro sobre los acantilados, gimoteando, implorando la reconociera?

Sombras, tentaciones del coludo, apariciones para desbaratar la

inalterable convicción de que la modelo de una obra no se corrompe, afirmaba el pintor.

Me pregunto, se decía Camondo, ¿en qué perseveran los fotógrafos y cineastas; en qué tiempo largo laboran? Cuán efímero ha de ser entonces el resultado de sus visores, lentes y filtros, cuando esas enormes comparsas de colaboradores y comediantes son plasmadas en menos que canta un gallo.

¿Y el buzo que se llevó a las profundidades el océano, crees, Camondo, que quedó intacto, como piensa Helena?

Más vale que el mezquino mar no lo suelte, mira que con suerte le encontrarán algo de pellejo adherido a los huesos.

Por eso yo no busco sombras en los infiernos, navego esperanza en hallar lo que anhelo intacto, se repetía Camondo apoyado en el casco en tanto el mar alborotado se estrellaba contra las bandas del *Escorpión* y, como ya era de noche, las luces de las escotillas iluminaban ese revoltijo de espuma y transparencia, exigua claridad en esa leve confusión todavía de agua y cielo.

5.

A la hora de comida había gran agitación en la mesa de Camondo. Por compañeros tenía a un conjunto de acróbatas que iban a Perú. A modo de descanso hacían la travesía por mar.

De origen alemán, se especializaban en efectuar sus acrobacias en motocicletas a gran altura sobre cables que extendían de un edificio a otro.

Lo habían hecho recientemente en la Plaza de la Constitución en Santiago; cruzaron desde el Ministerio de Hacienda al de Justicia, de una a la otra de esas gigantescas moles de cemento. Diminutos arriba, sin redes, sobre las cabezas de miles de curiosos.

Hablaban un castellano fluido, eran tres hombres y una joven de mirada atenta.

—¿Viaje de turismo? —dijo uno, dirigiéndose a Camondo.

—¿Europa?

Camondo, quien esperaba con tanta urgencia esta pregunta, se contoneó, coqueteó en su silla y respondió sin prisa y mucho aplomo:

—Voy sólo hasta Arica.

—¿Arica, Morro?

—Sí —reafirmó el pintor, para luego agregar—. Me mueve un asunto sentimental... Voy a encontrarme con mi mujer.

—Ah, bravo —acotó otro de los equilibristas y contagiando al resto levantó la copa—. ¡Salud, salud por el amor!

Camondo alzó la suya y entraron en confianza.

—¿Y cómo se llama ella?

—Marieta.

—¡Marieta, mira qué nombre!

Todas estas frases eran dichas con acento, pero sin dificultad.

Encontrando simpático a Camondo, indagaron sobre su oficio.

—Pintor, artista, pintor de cuadros —respondió.

—Ah, artista, nosotros también artistas —dijo el que no había participado aún, y desde ese momento la mesa de los únicos pasajeros de ese barco de carga acaparó la atención de las mesas contiguas.

Iba también con ellos una enigmática dama porteña, madura, envuelta en un chal, de ojos aterciopelados, que ante la algarabía de los acróbatas y de Camondo, se levantó, difícil de precisar si molesta o emocionada, y subió a cubierta.

—Tiene problemas —explicó la joven germana—, me estuvo contando el motivo de su viaje; va a reunirse con su esposo, que al parecer dejó de ver hace años. Él vive en Antofagasta, y han acordado restablecer su matrimonio. Viaja con una niñita que ha dejado en el camarote.

—A la niña le falta una mano —explicó uno de los acróbatas—. Parece que el marido ha prometido colocarle una prótesis.

La palabra prótesis sonó como si perteneciera a su lengua de origen.

—¿Cuál de las dos manos? —averiguó Camondo, quien sentía pavor de que le sucediera algo parecido a una de las suyas.

—La derecha —dijo la joven.

La derecha —repitió Camondo. Pero en realidad más que ese asunto, le impresionó que en el barco, en la misma mesa suya, iba una persona que también acudía a encontrarse con alguien que no veía desde hace mucho.

—¡Qué coincidencia! —exclamó en voz alta, a lo que los alemanes indagaron:

—¿Conoce usted también alguien a quien le falta la mano derecha?

—No no, sólo divagaba —explicó, pidiendo permiso para retirarse.

Subió ágil las escaleras y recorrió la cubierta en busca de la dama que se recortaba contra las tinieblas, en tanto la brisa esparcía su perfume.

Haciendo toses y arrastrando los pies se hizo notar de la enigmática viajera.

– Buenas noches, señora, perdone usted mi intromisión.

– Está bien, descuide.

– Como la vi salir de improviso del comedor, pensé que no se sentía usted bien.

– No puedo soportar tanto ruido, eso es todo – explicó la dama, pero al mismo tiempo dejaba como abierto el interrogatorio.

Camondo no utilizó tácticas ni subterfugios.

– Señora – dijo –, creo que tenemos afanes parecidos.

– ¿Cómo así?

– Usted, tengo entendido, viaja a reunirse con una persona que no ha visto en años. Bien, lo propio me acontece a mí.

– Así es – profirió ella –. Se trata de mi marido. Hace mucho tiempo que no estamos juntos.

– ¡Qué coincidencia!

Pero la mujer rehusó entrar en pormenores y dio a entender que al día siguiente intercambiarían experiencias acerca de tanta similitud.

Camondo la acompañó hasta la puerta del camarote y regresó a la mesa de los acróbatas; pero éstos ya se habían recogido. Entonces se sentó ante su postre, que permanecía intacto, y observó pensativo cómo el contenido llegaba a los bordes a causa de los vaivenes y no se derramaba.

Una repentina duda lo invadió, tan fugaz como inquietante, que al modo de un dolor pasajero, luego de un instante lo dejó.

Afirmándose en los muros del pasillo se dirigió al camarote.

Difícil le resultaba a Camondo precisar si le flaqueaban las piernas por el balanceo de la nave o si el desequilibrio se debía a otro motivo.

6.

Al día siguiente, Camondo no necesitó acercarse siquiera a la señora. Ésta se llamaba Amparo y el marido Humberto; los acróbatas lo informaban de todo.

Desde su silla observó el muñón de la pequeña que asomaba de la manga de su abrigo.

Al caer la tarde el barco divisó Antofagasta; la mujer, que llevaba unos binoculares, en tanto la nave se aproximaba, enfocó el molo, los muelles, las bodegas, todos los rincones profiriendo el nombre de Humberto.

Después de este angustioso rastreo dio los anteojos a Camondo, tomó la pequeña en brazos y comenzó a agitar un pañuelo en alto para saludar a su esposo, el que permanecía un tanto aislado del resto. Reconociéndola a su vez, él le devolvía las señas.

Apresurada, descendió para caer en los brazos del hombre; la niña rodeó a ambos.

Los acróbatas y el pintor, emocionados, retenían el llanto. Cuando la nave volvió a su curso, Camondo advirtió que aún tenía los anteojos de Amparo, quien en su nerviosismo olvidó pedírselos.

El pintor los guardó en su camarote.

Esa noche, la última de navegación, evitó el comedor.

Se durmió con esa imagen del reencuentro. Soñó que se hallaba con Marieta en un nevado parque de París; sentados, ambos hablaban animadamente de arte y sublimidades cuando, de pronto, Amparo lo reconoció desde lejos y gritando acudió hasta su sitio:

—¡Señor Camondo, señor Camondo! ¿Se acuerda de nosotras?

—Y el pintor se levantaba y acudía donde estaban la madre y la hija, quien orgullosa le mostraba una mano nueva que daba vueltas en redondo como las de las muñecas de goma.

—Mira, mira —decía la chica y giraba la diestra de un color rosado inquietante.

Las fuentes congeladas, las ramas de los árboles gachas por el peso de la nieve.

—Vaya qué sueño —se dijo Camondo al despertar, no sólo por los sucesos y los personajes, sino porque jamás había estado en París.

7.

Arica no es puerto, razón por la que los barcos grandes permanecen a la gira, distantes de la ciudad.

Camondo tomó los binoculares e imitando a Amparo, buscó a Marieta en la orilla, sobre los muelles, por todos lados, pero a pesar de su empeño, esos círculos hurgaban en vano, permanecían vacíos.

Una lancha de la Gobernación, con su banderola flameando en

popa, vino a recogerlo y Camondo, antes de abordarla, se despidió de los acróbatas que lo palmotearon.

—¿Y?, ¿y la novia? —le decían haciendo bromas.

A lo que Camondo gesticulaba de manera contradictoria para desconcertarlos.

Trepó a la lancha; era el único pasajero que descendía en la rada.

Insistiendo, enfocó de nuevo los prismáticos mientras se acercaban a tierra.

Tan cerca tuvo la ciudad anhelada, tan adherida al pecho, que no la veía, y tal así, que si de pronto aparecía Marieta como esperaba, no necesitaría siquiera levantar la voz para proferir su nombre; bastaría susurrarle al oído cuánto la había querido y cómo la añoraba.

Camondo abrió los ojos, descendió del barco de lona.

Lo primero que advirtió fue a Marieta que afanada ayudaba en la puerta de la cocina.

Sus manos regordetas sobre el pellejo de las papas.

Las viejas del patio formaron doble fila por la que se acercó el pintor a la modelo.

—¿Me vienes a buscar? —dijo ella.

—Y para llevarte a casa —respondió Camondo.

—¡Llaman, voy! —repetía el loro.

La Chelita, al ver a la pareja reconciliada, exteriorizó su regocijo en una blanda e impúdica sonrisa.

Y la Luz, igualmente emocionada, fue en busca de la dueña, trepando la enclenque escalera, poniendo el grito en el cielo.

II. ABJURACIÓN DE CAMONDO

FESTÍN EN CASA DE MIMÍ D'ALBORIO

1.

El tema, siempre el tema, un arquetipo finalmente hallado como un diamante, de tanto posponer tediosos argumentos literarios.

— Mimí, se me escapa la lengua, no sólo habla, sino que baila, y roja de vergüenza, hace concesiones, negocia, transa como en toda segunda parte.

— ¡*La calunnia è un venticello!*

— ¿Me alcanzas la alcuza?

— ¡Ahora silencio!

2.

Y los Camondo creían echarse las penas al hombro y tomados de las manos, salían a brincar y bailar por el jardín.

— ¡Monada, el plato de pan se coloca a la izquierda!

— ¡Digo silencio!

Ver a la pareja de artistas en esas maromas resultaba conmovedor.

Desde el techo de la casona, Ángel, quien pintaba la cúpula con un rodillo, atado a la cintura para no caer, dejaba de hacerlo y observaba a esos diminutos bailarines que iban por los caminos de ripio, entre pinos tusados de formas caprichosas: patos, cisnes, ánforas y pagodas.

La vida les había cambiado.

— ¡Vaya a saber qué profetas y héroes han tenido estos chanchitos! — decía Camondo, cogiendo uno de esos bichos de múltiples patas y que se enroscan como bolitas cuando algo los amenaza —, son milenarios, ¿sabías, Marieta?

Me encanta esta pose, respondía la vieja modelo, y quitándose la

blusa y el sostén, dejaba sus caídos senos al aire y echando los brazos al cielo, bajaba grave la cabeza e hincaba una rodilla en tierra.

— ¡*El Rapto de las hijas de Leucipo!* — exclamó Camondo, adivinando la pose —. Recuerdo como si fuese hoy cuando hice esa gigantesca copia del cuadro de Rubens.

Marieta soñaba con un fornido jinete que en brioso corcel, la raptara de ese jardín encima del mar... como en el tema de la mentada obra.

Después de tantos pesares, rupturas y crisis con el amor y el arte, los Camondo vivían al día, aparentemente sin cuestionarse nada.

— Ahora que estás vieja, debes comportarte como los chanchitos, Marieta; si algo te asusta, te enroscas y eso es todo.

El caballete arrimado por allí, la caja con los colores algo resecos y la paleta sucia, daban cuenta de esta nueva etapa.

Marieta solía dar poses en la cocina cuando iba de un extremo a otro. De pronto recordaba su pasado y lanzando el cuchillo o la sartén, permanecía estática y su piel marchita tomaba los visos del mármol; entonces Camondo, quien venía a indagar por el retraso del almuerzo, la hallaba petrificada, vuelta una Venus, alterada esa inmovilidad sólo por unos lagrimones que descendían por sus mejillas de Afrodita.

Habían separado camas y ambos, desde sus soledades, sin analizarlo abiertamente, intuían que la relación estaba concluida. Ya no tenían la fuerza ni el ánimo de poner en evidencia esa situación triste, y con las cartas sobre la mesa, resolver de común acuerdo una separación.

Ahora, cautos, inseguros del futuro, los amantes fogosos de otra época sacaban cuentas en secreto, conclusiones turbias, y al encontrarse en el corredor por la mañana, se saludaban con cierto sentido de culpabilidad; entonces ponían énfasis en las tareas diarias que era necesario enfrentar. Ahora que su nueva condición había descornado el velo del arte, esa seductora cortina de humo, y podían ver el mundo sin reducirlo a cuadros, poses, novelas, poemas, arias y danzas; ahora que el paisaje y la historia de sus semejantes transcurrían exentos de interpretaciones estéticas; ahora que tuvieron por fin la opción de amarse en toda la intensidad que otorga abandonarse en el transcurrir normal del tiempo, descubrieron que de esa pasión sólo quedaban vestigios de poca monta.

Más intensidad encontraban en comprobar cada uno, a solas, esa irreversible situación.

— Es necesario hacer un acto oficial de renuncia al arte, al que le hemos fallado y que en la actualidad no nos respalda; es preciso devolver a Apolo y las musas los símbolos del talento regalado — sostuvo Camondo, y vistiéndose de madrugada, cogió sus bártulos de pintor y con ellos bajo el brazo, salió rumbo a la Playa Chica.

— ¿Dónde vas, Alonso? — le gritó Marieta, asomada al balcón.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

— Ya vuelvo — respondió el pintor, dirigiéndose a la escala de cemento que adosada al flanco de la iglesia del Cristo Pobre, comunica con la terraza.

Un perro al que le faltaba un testículo lo siguió deteniéndose en el descanso.

Abajo, el mar aparecía borroneado en el horizonte como una acuarela hecha con mal pulso.

Al llegar a la cancha de patinaje, una leva de perros tras una hembra en celo casi voltearon al pintor y haciéndolo girar como trompo, lo dejaron para enfilar hacia la Virgen de los Suspiros.

Entonces Camondo volvíase grave, bajó a esa carcomida playa invernal y caminando entre palos y piedras que el mar arroja sobre la playa negra, se dirigió al roquerío. Una vez allí, dejó respetuosamente su caballete, el piso plegable, la caja y la sombrilla en tierra, y quitándose el corbatín se lo ató alrededor de los ojos, permaneciendo vendado como si fuese a jugar a la Gallina Ciega.

Fue así que convocó a Apolo y las musas: «¡Oh!, dios de la belleza, de la luz, las artes, la adivinación, hijo del mismo Zeus y de la diligente Leto, hermano de Artemisa, señor de Delfos, amo de Delos, a ti elevo mis preces, vengo a devolver lo que sólo consideré un préstamo; ya estoy viejo, mis piernas endebles, mis ojos cansados, además he fracasado, soy un pintor mediocre, me obligaste a vivir bajo tu designio, y en esa protección amé, crecí y todo lo demás. Hoy que me siento liberado de tu tuición, te repito, me hallo viejo, solo, y conviviendo con una pobre mujer que ofició de modelo para tu gloria y satisfacción. Cada noche siento cómo se remece su catre solitario; la pobre infeliz, imagino, se torna de un costado al otro en su horrible y preocupante desvelo. Hoy somos unos seres inservibles que reclamamos la justa compensación que tú y tu cohorte nos adeudas: libéranos del pasado, de tu acoso, quisiéramos vivir como el común de los mortales».

Y una voz soterrada coreaba: «Cuidado, con el laurel délfico de Apolo no se juega...»

Y para suavizar lo anteriormente dicho, citó la célebre Oda de Horacio: «Ruégote, Apolo, hijo de Latona, me concedas el gozar, sano de cuerpo y de juicio, el modesto bien que he guardado con mi trabajo, y que no pase vejez afrentosa», etcétera.

De pie, una vez que hubo terminado su alocución, aguardó una respuesta.

El Conejo, un viejo ocioso que solía rastrojar leños húmedos, impregnados de sal que el río depositaba en el mar, al toparse con ese hombre vendado, permaneció atónito, observándolo sin atreverse a hablar.

Entonces, creyendo que esa caja y el atril no pertenecían a nadie, los tomó, y echándolos en su carro de mano se los llevó, perdiéndose en la distancia.

Pasado un tiempo prudente, Camondo se quitó la corbata de los ojos y ante la desaparición de sus cosas, sacó sus conclusiones y lanzando la prenda al agua repetía:

– ¡Ahora veo realmente por primera vez! ¡Ahora sí veo por primera vez!

– Estos garbanzos con espinacas y dientes de ajos son una delicia... Ya sabes que no los tolero cuando los impregnan en vinagre.

– Perejil, tomillo y laurel, Mimí, y un cebollín, un cebollín, eso sí.

Y el Conejo en su covacha miraba esa caja vieja y desvencijada, el caballete de toda una vida, el piso y la sombrilla, con la misma desconfianza con que observaba las propinas que los veraneantes solían colocarle en su mano.

Curioso, destapó la caja, tomó un pomo y oprimiéndolo observó cómo emergía el color; entonces, se lo aplicó en las mejillas y la punta de la nariz.

Luego se dedicó a la sombrilla y no atreviéndose a abrirla bajo techo por temor a la mala suerte, se asomó a la ventana, y allí transparó en esa tela gastada la prístina luminosidad de la mañana.

Déjenme hablar, que sólo el ruido de los cubiertos nos sitúen en la mesa. Quien sirve a la redonda, se vuelva fantasma. El café lo tomaremos aquí. No me levanto hasta no concluir la historia.

Una vez en casa, Camondo, arrepentido, sintió el impulso de correr a la playa en busca de su enmohecida sombrilla, el endeble cabalette, la caja de óleos; ocultar la faz tras la tela virgen e intentar otra vez llevar a la dulzura y complacencia de los colores, ese mar áspero, ronco, violento que arremetía contra la arena.

Convencido de que las musas habían descendido en busca de lo suyo, lejos estaba de sospechar que el Conejo iba con aquel tesoro en ese momento, camino no precisamente del Parnaso, sino del Mercado Persa, para obtener un cierto precio por su hallazgo.

Los comerciantes de los puestos ambulantes abrían y cerraban la sombrilla amarillenta, y una mujer ya de sus años, le ofreció una camisa de franela escocesa por ella.

El Conejo aceptó y cuando se disponía a continuar la permuta del resto, advirtió que un joven de ojos despiertos le interceptaba el paso; junto al chico, su padre, un obrero corpulento, trató el negocio.

—¿Cuánto por todo?

El Conejo hizo un gesto equívoco.

El hombre hurgueteó en sus bolsillos unas monedas y un billete ajado y se los tendió.

El chico con los útiles apretados contra el pecho, recordaba el recogimiento de un sacerdote recién ordenado llevando el viático a un enfermo.

Durante noches interminables copiaba láminas de cuadros célebres reproducidos en revistas y calendarios; era capaz de ampliar dibujos tomados de pequeñas viñetas; su fama de artista recorría las calles de su barrio y las salas de clases. Jamás había tenido acceso a una caja de pinturas, y mientras padre e hijo se alejaban, el Conejo inmóvil, con las monedas incrustadas en la palma de la mano, las escudriñaba como si se tratara de piezas falsas.

Camondo, faltándole el apoyo de sus útiles, sentíase abandonado, y esa noche no pudo guardar el secreto y narró a Marieta su triste renuncia, la audacia de su plegaria; y la modelo, impresionada, cogió la linterna y ambos descendieron a la playa.

El oleaje golpeaba terco, duro, como descoordinado de la masa enorme del agua.

— ¡Éste es el lugar donde me vendé los ojos, mira, aquí está la corbata!

— ¿Y la caja? ¿Todavía crees, zopenco, pedazo de alcornoque, que Apolo legendario bajó a buscarla? ¿Piensas que las musas no tienen nada mejor que hacer que recoger tubos viejos y paletas sucias?

En el modesto hogar, la madre cocina ante la exigencia del dueño de casa y Sandro, el hijo mayor, el niño artista, no cabe en su felicidad. Por primera vez sus dedos sostienen un pincel, que untado en óleo va repletando las formas precisas de un diseño previo.

Conoce como si un dios antiguo y sublime le llevara la mano.

La noche es espléndida, serena, equivocada de estación, en nada recuerda su azul intenso y la brillantez de las estrellas, el invierno.

Una tibieza recorre el balneario, ventolera que termina por ahuyentar a los Camondo de su búsqueda estéril.

— Mujer, no puedo soportar esta luna enceguedora, crudeza imposible, veo como el común de los mortales, jamás había escuchado así tu voz, ni conocido tu expresión. No sabes cómo añoro el hechizo con que antes percibía lo que nos circunda. Mira qué árida es la playa, qué desprovisto de asunto aparece nuestro jardín.

4.

Camondo había escuchado que las personas que están a punto de perecer por inmersión, antes de dejar este mundo, en tanto descenden a las profundidades, perciben en sucesión ordenada los hechos que configuraron su historia. Así dicen.

Y ante esta exhibición tardía — ahora se le presentaba de este modo — no le cupo otra alternativa que acatarla.

Muestrario de sus actos sin el envoltorio del arte.

Liberado, según él por gracia de los dioses, los percibía desnudos, descarnados, desacralizados; sentía que los conocía por primera vez y asustado del protagonismo que le cabía en lo que había sido su propia vida, sintió horror, y ese miedo lo obligó a tomar conciencia de su auténtica situación. ¿Quién era realmente Camondo en la actualidad? ¿Un vejete desprovisto de gracia, alejado del arte, a quien en los

buses cedían el asiento o al bajar el asistente, respetuosamente, lo cogía del brazo?

Con su bastón flexible, el sombrero de paño blanco y el corbatín al viento, tomó la costumbre de invertir las mañanas del balneario en largas y solitarias caminatas a lo largo de la playa.

Diminuto, iba dejando una huella monótona con su báculo y zapatos.

En casa, Marieta, algo descuidada en su apariencia, se resignó a las labores domésticas, guardando muy en reserva sus afanes artísticos de antaño, volviéndose uno de esos seres cuya renuncia a una vocación profunda se manifiesta siempre a pesar de su situación de persona corriente. Así, ante sus amistades cotidianas y frente al mismo Camondo, mostraba un cierto ensimismamiento, una leve distracción y desinterés permanente por la trivialidad que abordaban, como para recordarle a su auditorio que no pasaran por alto a una persona diferente, especial, alguien consagrado a la sublimidad, según ella, de las artes.

Y esta actitud, esa alerta interna, que no tendía ningún puente con lo que estaban viviendo los demás, la habituó al llanto fácil, a hablar a solas y permanecer inactiva largas horas ante la contemplación, o del pasado, o bien de panoramas imaginarios que la sacaran de las labores del aseo y la rutina.

Y para graficar el asunto, refiriéndose a la renuncia de Camondo se decía: «Si la locomotora no marcha, tampoco el carro carbonero».

La muerte de la Pilita conmovió hondamente a los Camondo. Cuando el recadero que vino hasta la verja, repetía: «Se nos fue la Pilita, se nos fue la Pilita», Marieta no atinaba a comprender y Camondo prefirió saber de aquellos sucesos sólo de oídas, no toleró asistir al funeral; era la primera vez que habría participado del ritual de la muerte. Antes, cuando intervino, fue el artista vistoso, preocupado de su reconocimiento, y al sentirse admirado, esto aminoraba el espectáculo sórdido que estaba presenciando. Tomaba los féretros de las manillas como el actor lo hace de un mueble de utilería. Al avanzar por la nave de la iglesia se sentía observado; ese trayecto triste, para Camondo volvíase marcha triunfal.

Ahora, despojado íntimamente de su investidura, cualquier hecho fuerte le repercutía de modo muy distinto. Tal así, que se aventu-

ró a indagar su aspecto físico, a interrogar respecto de su edad, y al escuchar las palabras mayor, maduro, se estremecía. Bajo éstas, por deferencia, se escondían las verídicas, las fatídicas: viejo, anciano, decrepito.

Se fue a los espejos y al observar su pelo cano y su barba igualmente blanca, ensayó teñírselo con corcho quemado, concluyendo que ese negro artificial exaltaba aún más su rostro algo marchito.

Prefirió saber de aquello por un conocedor en la materia y se dirigió a la farmacia a preguntar por tinturas. Sorprendido quedó al escuchar de labios de la dependienta que sus canas le sentaban, que le aconsejaba no cambiar, que un hombre teñido, mayor, con el pelo de un joven era abominable. Según él —decía—, la mujer prefirió no vender la tintura ante la posibilidad de ver a Camondo con el cabello y la barba negros, lustrosos como mueble recién barnizado.

Como oleadas del mar, en sucesivos cuentos, truncos en un inicio, más explícitos después, fue armando el rompecabezas del final de la Pilita. Su enfermedad, la estada en cama, las empanadas que enviara a comprar cuando se sintió desfallecer. Ordenó una mesa especial para sus deudos y un par de buses pagados de su bolsillo para que acompañaran sus restos hasta Santiago, donde tenía tumba.

La San Julián se alborotó. «Cuando falta la dueña de casa...», sentenciaba la hermana sin concluir la frase. Esta desorganización se advirtió en el patio de las allegadas de por vida; las desconcertadas mujeres al saberse sin futuro, intentaban comunicarse con quienes habían sido sus patronas, las que molestas no tuvieron otra alternativa que viajar hasta Cartagena para solucionar el problema.

Las viejas, apresuradas, vehementes, intuyendo el cambio, empacaban en sus destruidas maletas, la mayoría de cartón, sus escasas pilchas; reuníanse en el patio lúgubre, húmedo, de muros altos que enmarcaba el cielo como única salida.

Iban de cuarto en cuarto. Cuando sonaba el timbre o el teléfono, corrían a la puerta como enfermas de manicomio, y con sus pertenencias ya listas, añoraban la libertad.

El comedor se clausuró como las piezas y el pillaje principió el mismo día del entierro.

Cautelosos, disimulados deudos recorrían los pasillos, ingresaban sigilosos en despensas y bodegas, y comenzaron a desaparecer los licores, la cuchillería, manteles y todo el menaje de una residencial antigua.

A la semana, se estacionó frente a esa vieja construcción de madera y torreones ladeados, el primer automóvil.

La Chelita pudo dejar, ante el desconcierto de sus compañeras de encierro, la casa. Lo que no sospechaba la anciana era que su trayecto sería breve: dos cuadras más arriba, en la residencial Francia, la esperaba una gobernanta temible; el patio de luz era mucho más estrecho y el cuarto peor equipado. Así las mujeres fueron repartidas en lugares similares.

Saqueadas las dependencias, un día en pleno verano, la hermana de la Pilita, secundada por unos sobrinos, le dio varias vueltas a la cadena con que clausuró la puerta del jardín y se alejaron de allí con la intención de vender el inmueble en cuanto los trámites judiciales lo permitieran.

Y las sombras desatadas a sus anchas penetraron los ámbitos antes tan concurridos, ganaron terreno, apropiándose de los cuartos, intensificándose en recovecos y rincones. La luz quedó reducida a contados rayos que entraban de incógnito por las rendijas, y decantados los ruidos, lejos el ajeteo de los parroquianos, comenzó ese otro resonar más sutil, ese entendimiento entre los espacios, el abandono y la penumbra.

No es que aquello careciera de aconteceres, sucedió que éstos cambiaron de mano, y así como acompasada gotea una llave mal cerrada del jardín, o se golpea una persiana que los veraneantes olvidaron cerrar, de igual modo allí, en la San Julián, los antiguos ruidos y olores de la cocina perdieron intensidad y otros los reemplazaron.

Sosegado el torreón, los cuartos, la galería y el comedor, el día y la noche no se confundieron en un tiempo interminable, y las horas encontraron a pesar de todo su lugar, aunque informales y menos precisas.

Al cabo de unos meses, la residencial mostraba tanto por fuera como en su interior, esa orfandad conmovedora que también exhiben los animales solos.

Ya sus maderas luego de la antigua crujidera, habíanse habituado a no ser transitadas; la escalera desvencijada encontró un cierto reposo; descansaron las puertas en sus goznes y el mobiliario igualmente dejó de resentirse.

Ruidos más imprevistos que los usuales —repito— se dejaron oír, como si los provocaran habitantes ingrátidos, de esos que convoca la habladería popular y que son invitados predilectos en los tétricos cuentos de sobremesa.

Y los lugareños se habituaron a ver el edificio de maderas amarillas y techos aguzados sin rastro de vida.

Pasar frente a sus puertas y ventanas clausuradas volvióse como hacerlo ante un túmulo antiguo, o un imponente mausoleo de familia.

Camondo prefería no mirarla, sobre todo que cuando sorprendía el aspecto de esa casa tan diferente a como la había conocido, evocaba en su imaginación, y desconocía la razón, lo que le narraron del entierro de su dueña: el féretro de la extinta cubierto con su guerrera de bombero.

Y como Camondo no había asistido al sepelio, entonces se figuraba esas imágenes de un modo equívoco, mucho más tremendas que si hubiese tenido la fortaleza de haberlas presenciado en persona.

DESAGRAVIO DE LOS DIOSES

1.

Hablar, hablar, hablar del tema como si la boca tuviera un racimo de lenguas, los tentáculos de un pulpo.

Sandro el joven, así lo llamaron en Cartagena, a quien su padre le comprara los útiles que vendió el Conejo, ya sea por timidez o por un convencionalismo absurdo, no se resolvía a acudir al paisaje.

Un impulso enorme lo volcaba hacia el exterior, pero a su vez, una vergüenza igualmente grande le negaba la salida.

En países como los nuestros, las diferentes clases se comportan de manera distinta ante las disciplinas artísticas. Aparentemente aparecen como más desenvueltos los cultores de la belleza que provienen de niveles más elevados, lo que no quiere decir que también no choquen con algunos desafíos como la crítica, las entrevistas, y muchos se cohíban cuando condiscípulos o parientes les preguntan a qué se dedican.

Sandro pertenecía a una familia modesta, en la que el padre de modo un tanto arbitrario, sobre todo por ignorancia, había implantado estrictas normas de convivencia entre los suyos, y aunque éstas a la vista de los vecinos aparecían como imposibles de cumplir, debían también admitir que en este caso daban buenos resultados, porque a los hijos y la madre se los veía felices, ordenados y sumamente hacendosos.

Acostumbrados a repartirse los deberes, siempre estaban ocupa-

dos, lo que a pesar de ello les hacía encontrar momentos propicios para el esparcimiento; y si mostraban alegría y se trataban entre sí hasta con humor, entonces se concluía que las normas no eran tan duras porque ellos, en la idiosincrasia y el lenguaje impenetrable de toda familia, sabiamente sabían matizarlas.

La apariencia no andaba tan de la mano con la realidad.

Y esto se prueba por la avidez con que Arturo, el padre, había adquirido la caja y el atril. Sin embargo, fuera de este primer impulso, no volvió a intervenir en el proceso artístico de Sandro, y el joven se encontró solo para resolver respecto del modelo y la búsqueda del aprendizaje.

Había leído sobre pintores y su intuición le señalaba el camino del paisaje.

Atravesar el pueblo no con una pelota de fútbol en su malla y zapatos de estoperoles como acostumbraba, sino con esos adminículos delicados, e instalarse frente al mar, en ese diálogo fascinante, lo inhibían y llenaban de vergüenza. No obstante, así como las musas le ofrendaron la caja de óleos y la paleta, usaron de su persuasión sutil para conducirlo hasta el panorama de las olas, el cielo, las rocas y la extensión desmesurada de las dunas.

Sandro, finalmente superado el pudor, como la primera vez que se rasuró el bigote y las patillas, o cogió deliberadamente la mano de su compañera de pupitre que lo seducía, plantó en la arena el atril y sobre éste la tela, y olvidando sus prejuicios, se abocó a trasvasijar la realidad a sus posibilidades.

El corazón golpeaba fuerte su pecho embrujado, embriagado ante la solución de un problema que lo apasionaba.

Al cabo de unos minutos era otro, tal vez el que de allí en adelante sería, sin alternativa de regreso.

Mostraba facilidad innata para encontrar el tono preciso, sus manos hábiles sabían oprimir lo justo los pomos y sin exagerar la cantidad, la hacía rendir.

Nada ensuciaba, no sobraba tampoco nada y los colores llevados a la tela, volvíanse inmediatamente de pasta en manchas y éstas, superando la materia, se convertían en una nueva e increíble realidad.

No fueron sus amigos los que ese día lo sorprendieron experimentando por primera vez la interpretación de la naturaleza; fue el viejo Camondo que en su paseo matinal, desde lejos, identificó la convencional figura: un pintor ante el motivo.

Al comienzo creyó desfallecer, apuró el paso y se detuvo a pocos metros del muchacho, entonces su sorpresa fue doble cuando reconoció su propio caballete y la caja.

En un principio quiso adelantarse e indagar sobre el asunto, pero luego sintió de manera completamente opuesta; relacionó aquello con los sucesos de su renuncia, tuvo temor de los dioses y cambió de táctica.

Se acercó como lo haría un curioso cualquiera, y observó tras el hombro del joven.

Para éste, significaba Camondo el primer intruso, y en lugar de ofuscarse, no se dejó amedrentar y redobló su quehacer como si se encontrase solo.

Camondo rápidamente olvidó que se trataba de su propia paleta y se introdujo en el trabajo del aprendiz.

— Hay una variación en el tono del cielo — se permitió insinuar —, debes agregar un poco de blanco, es más alto el valor del cielo.

Sandro obedeció y lo consiguió de manera acertada.

— ¿No encuentras que es necesario utilizar el azul de ultramar para el oleaje?; el de Prusia me parece un color peligroso.

El joven buscó el pomo adecuado.

Camondo no pudo evitar posar su mano en el hombro del muchacho a modo de apoyo y despedida, y sin agregar más, retomó su camino soslayando regresar por donde mismo.

2.

Una Diana abatida, sin carcaj ni flechas, desaliñada, una Venus sin plataforma, la antigua modelo, orgullo de creadores de renombre, cuya piel doraba la luz tamizada de los talleres, se exhibía ahora sin piso ni tarima, ingenuamente complaciente con el vecindario local; y la historia del Pepe y la Tita, esa infidelidad vulgar y previsible ocupaba su tiempo.

Se descubría participando de los celos de la Tita, quien secretamente sentía hasta orgullo de las conquistas fortuitas de su cónyuge, porque sabía que si no se dejaba tentar por la violencia y el escándalo, saldría beneficiada de esa traición en su propia cama. Coqueta en la desventura, concibió un crío, decía la mujer, «para retener a su hombre»; y Marieta, cándida, novata en rencillas y reconciliaciones

pueblerinas, asumía entera esos embrollos y así avalaba el perverso y tácito acuerdo de sus protagonistas.

Era una musa repudiada por Apolo, vetada por la comunidad del Parnaso, vuelta confidente de pependencias, habladurías y situaciones que tristemente reemplazaban su oficio de antaño, fuente de inspiración de seres con al menos intenciones más elevadas.

Y como en los momentos de extravío nunca falta un hecho que nos recuerde nuestro pasado más placentero, acostumbró a pasar frente a la casa de los Camondo un payaso que tenía la suya al fondo de la calle, donde comienza la quebrada.

Hombre joven, casado, de numerosa prole, cuyo apodo de fantasía era Bombillín, se habituó a transitar por ese callejón de tierra. Lo hacía vestido con sus pantalones sujetos bien abajo por los tirantes flojos, la chaqueta vistosa de enormes hombreras y parches, la peluca llamativa, una nariz de plástico atada a la nuca por un elástico y unos zapatos descomunales que dejaban grandes huellas en el polvo.

Para Marieta significaba ese payaso un último, íntimo y débil resplandor, vestigio de lo que había sido su pasado.

Como la verja era prolongada, la vieja modelo lo seguía tras los barrotes y aferrada a éstos, lo observaba desaparecer.

Fumaba constantemente y a veces llevaba una peluca violeta en la mano. El hombre tornábase exento de atributos viriles tras esas mejillas saturadas de colorete, y muchas veces ese disimulo involuntario y extremo lo volvía atractivo para la retorcida mente de Marieta.

Prefería acudir vestido así hasta la tirillenta carpa de un circo de fieras en San Antonio, donde trabajaba, ya que conseguía algunas monedas contando chistes en las micros.

A veces se juntaba con otros artistas ocasionales, hasta con un ciego que llevándose un sucio violín bajo la blanda papada, arrancaba notas que conmovían a los pasajeros.

Sobre los acantilados de ese trayecto, en los pasillos de aquellos destartalados vehículos colectivos, estos artistas del hambre emocionaban a un auditorio que se sentía obligado a retribuirles. No hacerlo era mal visto o acarreaba mala suerte.

Fugaz y algo distorsionada remembranza para Marieta, de sus mejores años: un artista verdadero, se decía.

Ya de noche, el payaso regresaba a casa, cabizbajo, el cigarrillo en los labios, los enormes y sonoros zapatos de dos colores imprimiendo el camino.

También solía atravesar esa calle un anacrónico pastor con caya y sombrero de grandes alas, conduciendo un piño de ovejas en dirección al mar. Si no fuese por la ventolera, el polvo y los balidos, se pensaría en una oleografía desvaída o una bucólica postal. O pacían vacas que rastrojaban flores y plantas tras la verja; o amanecían caballos dormidos de pie. Pero aunque las vacas estáticas y echadas o a contraluz eran una fiesta formal para los Camondo, así como la nítida silueta de las gallinas o un hombre que pregonaba con voz desigual desde el anca del dócil animal: «Hay leche de la burra, leche de la burra», nada emocionaba tanto a Marieta como el payaso solitario, vestido para la pista con dos alitas de lana cosidas a la espalda: «Dame la miel, dámela toda», que iba a la carpa y luego regresaba al hogar. Tal así fue que en cierta ocasión le salió al paso, e interceptando su andar cadencioso, le hizo una Venus perfecta, tan inmóvil, que Bombillín, versado hombre de rutinas de circo, se detuvo, y aunque le habló, no obtuvo respuesta de la profesional. Entonces se permitió tocarla con su mano enguantada, advirtiéndole lo pétreo de esas carnes ya no tan turgentes.

— ¡Dame la miel, dámela toda!

Creyéndola una insana, se alejó sin dejar de mirarla hasta desaparecer.

En medio de la calle quedó esa estatua como si los cargadores de una mudanza se hubiesen olvidado de ella.

3.

— ¡Marieta, Marieta! — y esos gritos dados frente a la vela por Camondo, a quien acompañaba Sandro, sacaron a la modelo de tanto desvarío.

Convencido el joven pintor de la necesidad de enfrentar el desnudo, se había dejado persuadir por Camondo de hacerlo, aun cuando para un lugareño del balneario encarar a una mujer sin ropas, desde un atril, le resultaba mucho más conflictivo que copiar el mar.

De allí que ambos convinieron, tanto por la reputación de Marieta como por la del joven, mantener esa irrenunciable etapa del aprendizaje en el más profundo secreto.

Ni siquiera la modelo estuvo enterada de la relación de Camondo y Sandro, hasta que no los vio cruzar, esa tarde, el extenso jardín.

Camondo, quien se lo había topado en varias ocasiones, le habló

de las carnaciones, la luz en la piel y redondeces de una modelo, la vibración que el tono adquiere en esos temas en la llamada escuela veneciana: — Danaes en reposo, dibujadas sólo con el color, y que para esa fiesta de empastes acertados y veladuras, no requieren de un dibujo previo.

Reveló al aprendiz el secreto de la incomparable técnica del Tiziano y de cómo esa aparente flojedad de formas fue motivo de inspiración de los impresionistas; y para dar más patetismo a sus aseveraciones, explicó al joven, la sorpresa y desaliento que produjeron en Miguel Ángel esos lienzos llenos de sensualidad y hedonismo.

— Cuando Buonarotti visitó el taller de Tiziano en Venecia y vio los desnudos colosales, salió afuera y apoyado en esos postes engalanados insertos en el agua, lloró: «¡hermoso color!», dijo, «pero qué falta de dibujo!», y Camondo hacía como que se afirmaba en los palos festivos, a franjas, que se quiebran y duplican en el gran canal.

El viejo y Sandro daban la impresión de un padre conduciendo al hijo a escondidas de la madre y los hermanos, hasta una casa alegre, para iniciarlo en los ajustes de la carne y así evitar, como sostienen algunos, cualquier desviación.

Sin decir nada lo llevó al clausurado taller y echándose con fuerza contra la puerta, la empujó hacia el interior.

Un espectáculo desolador recibió al novicio: el trapo negro que dividía en dos el aposento aparecía rasgado de arriba a abajo, como una escenografía bíblica, ya que al fondo se destacaba imponente la réplica en yeso del *Moisés* de Miguel Ángel de tamaño natural, sobre un pedestal de madera descascarado. Sandro reparó en esas protuberancias toscas y firmes que exhibe en las sienes el líder y guía de la Tierra Prometida.

Sobre los cristales de la luz cenital había gran cantidad de hojas acumuladas de varias temporadas.

Luego de despejar la roñosa tarima, Camondo dejó al joven a solas y fue a convencer a Marieta para que posara.

Ésta en un comienzo se sorprendió, pero ante la expectativa de reanudar su labor, sólo pidió algunos minutos para acicalarse.

— El joven nunca antes ha pintado un desnudo.

— ¿Nunca?

— ¡Jamás!

— Entiendo.

— Darás una pose simple, en reposo, sin mayores complicaciones.

Marieta, ante el espejo del tocador, no sabía cómo maquillar esas mejillas resquebrajadas, ni resaltar los ojos marchitos. Su cabello era una ruina, en las manos se habían ensañado los años. Para esconder las canas, se encasquetó un turbante y unos pendientes, y luego de perfumarse y remarcar sus facciones con lápiz, entró al taller.

A modo de recibimiento, Sandro se parapetó tras la tela como si lo hiciera amparado en un escudo.

Marieta, despojada de la bata y sobre la tarima, esperó las indicaciones de Camondo.

El viejo marcó con tiza el lugar donde reposaba el cuerpo, como referencia para rehacer la pose después de los descansos.

Marieta exigió le acercaran una estufa.

Sandro no se atrevía a mirar aquel espectáculo y así permanecía oculto tras el soporte. Se imaginaba espiando a su madre por el orificio del baño o a sus tías mayores. Esta situación debía quedar en absoluta reserva entre los tres protagonistas que la configuraban.

Viendo Camondo que Sandro no era capaz de enfrentar a Marieta, quitó la tela de un tirón y obligó al aprendiz a mirar esa vieja masa de carne.

—¡Mira!, jamás verás una mujer, lo que tienes enfrente es un desafío de otra índole: formas, curvas, bisectrices, ángulos, escorzos, pero sobre todo, en esa piel nívea la luz hace de las tuyas, imprimiendo cantidad infinita de matices, tonos cálidos y sombras frías. Nunca verás una mujer, es muy grande el problema a resolver. He conocido mentecatos —agregó enfático— que se excitan y aprovechan de la situación, éstos no son artistas, y te aseguro que la modelo cuando está en presencia de uno de estos malandrines, lo advierte en el acto, e instantáneamente se envuelve en su bata y deja de posar. ¡No voy a saber de eso! Para qué decir lo que acontece con los modelos hombres —continuó—, allí el problema es peor, ya que todos sabemos que las manifestaciones son en nosotros muy específicas. Así es que ante un Apolo o un Galo Herido, si una jovencita minuciosa se acerca demasiado, el hombre, que no es de fierro, debe lanzarse de bruces a la colchoneta y el profesor evacuar la sala.

Marieta cerró los ojos para no ser testigo de la primera impresión del novato. Cuando los abrió pudo relajarse, reconoció esa pupila atenta que medía, calculaba y a la vez sentía profundas sensaciones de armonía e inalcanzables ensueños, lo que a ella a su vez la volvía en el arquetipo deseado. Sentíase renovada, por fin dejaba atrás la crisálida y

emprendía nuevamente el vuelo sobre el lomo de Pegaso, que emergiendo del mar, remontaba el Olimpo hasta golpear con su pezuña de oro la fuente de la eterna inspiración.

Camondo en puntillas abandonó el taller. Sólo se volvió en una ocasión, y sus ojos repararon en las tablas de yeso del *Moisés*, donde advirtió que uno de los mandamientos ahora carecía de validez: «No desearás la mujer de tu prójimo».

Cerró la puerta con la sensación del deber cumplido: En una familia de patos ha nacido un cisne», dijo, parafraseando el título de la conocida historia, y repitiéndolo varias veces, se dejó caer exánime en un escaño del jardín.

—¿Catemu, volver a Catemu? ¡Finalmente, Catemu!

Sólo uno de los comensales se había retirado.

Mimí D'Alborio ni siquiera lo siguió con la vista.

Cuando hube terminado, me preguntó dónde se encontraba Catemu; entonces le hablé de Llay-Llay, Las Chilcas, Morandé y todo ese sector agrícola con que se inicia el valle de Aconcagua. Me expliqué sobre el ferrocarril encumbrado sobre esas peñas solitarias que desciende dificultosamente internándose en continuos túneles. Los pasajeros pueden observar gigantescas rocas suspendidas como por milagro. «La Huella del Diablo» denominan a una que exhibe un pie de grandes dimensiones.

Abajo los ordenados viñedos cubren la tierra roja y sobre ese verdor no se detienen las nubes ni las lluvias, ya que es una zona de vientos inquietos, enclaustrados entre cerros, que intentan remontarlos y en ese empeño sin éxito, desordenan la geografía del cielo.

Hasta aquí llevé el tema en el almuerzo y la sobremesa.

CUARTO DE HUÉSPEDES

1.

La verja del antejardín distaba varios metros de la fachada sin gracia de la casa de los Camondo en Catemu.

Un enorme inmueble de dos pisos, con una cornisa exenta de

adornos, y media docena de ventanas similares en proporciones tanto las de arriba como las de abajo.

Sólo un par de pilastras adosadas a los costados de la puerta principal insinuaban una elegancia de paso.

Ante ésta, en los escalones de acceso, alguien pacientemente había pintado de colores un montón de piedras incrustadas en el cemento, tan sin asunto y de modo tan gratuito, que hasta le sentaban.

Cerca, junto a la hilera de paltos y rústicos eucaliptos, bajo esas sombras, la viuda Camondo criaba diferentes aves en jaulas: faisanes, gallinas Flor de Haba y otras de origen oriental, con plumaje en las patas como polainas de un elegante lechuguino. Regalonas, sobrealimentadas, volcaban los recipientes dándoles de comer a un sinnúmero de pájaros libres que merodeaban esa prisión.

De noche, las jaulas eran rigurosamente cubiertas con trapos, que la negligencia de la servidumbre destapaba bien avanzada la mañana.

Había un loro paraguayo que en su abandono, imitando al perro, ladraba.

2.

Atrás de la casa se extendía un terreno interminable. Comenzaba en una huerta de hortalizas empapada en agua y finalizaba trepando los faldeos ingravidos de la Cordillera de la Costa.

La viuda poseía tierras tras esa frontera natural, que no conocía: landas áridas, cimas y solitarios campos vírgenes de rulo, donde potreros sin cultivar caían abruptos en hondonadas desde las que emergía un verdadero muestrario de araucarias, pinos y hasta palmeras salvajes y centenarias.

Los diferentes verdes, cual tela antigua, se fundían armoniosamente como si un acucioso restaurador hubiese embadurnado el bosque con una espesa pátina.

Una galería en el segundo piso miraba hacia esa parte trasera, y en medio de la humedad de los frutales y la huerta, asomaba una especie de glorieta, con varios aposentos improvisados, donde vivía una allegada de piernas enfermas que había perdido pantorrillas y tobillos, introduciendo esos tubos rectos en medias de trapo y anticuados zapatos.

La mujer tocaba el piano por las tardes y dentro de esa vivienda

liviana, tenía una colección de muebles de caoba cubiertos con sábanas. Junto al porche estaba la casucha del perro, usurpada por una gallina ponedora, que a picotazos defendía —como la allegada— ese territorio ajeno.

3.

A un costado de la galería aparecían dos piezas de cimbreante entablado. La de la derecha —desocupada—, nunca el difunto Camondo se encargó de terminarla, deteriorándose indefectiblemente. Entrar allí era un peligro.

A la otra, la contigua, la denominaban «cuarto de huéspedes», ya que las escasas visitas pernoctaban en ella; aunque después de la muerte del dueño de casa, nadie lo había hecho.

Esta función obligó a la familia a alhajarla de manera sobrecargada, restándole toda intimidad. A ese lugar acarrearon los muebles más inverosímiles, incluso un ropero de feas proporciones que antes estuvo en el dormitorio del hijo de Camondo, cuando niño, y que costó un triunfo subirlo por la caja de la escalera, ya que sus aristas constantemente se atascaban en el estuco. Al parecer intuía un destino sin futuro.

El cuarto era amplio, rectangular, con una ventana a un costado; la otra, la que daba a la huerta, consistía en una mansarda con pequeños muros empapelados y un par de puertas también insignificantes que se abrían al entretecho.

Esta ventana era oblonga y el marco giraba sobre un eje permaneciendo horizontal. Por fuera tenía el mezuquino techo, un par de volutas forradas en latón, llenas de recovecos para impedir que se filtrara el agua.

La cama era solemne, de respaldar alto y coronaciones ostentosas; sobre ella caía el velo de un mosquitero, accionado por una lienza que se hacía girar sobre una roldana. Desde que la mujer de Camondo quedara viuda, el mosquitero permaneció pegado al techo.

El ropero aludido, de tres cuerpos, duplicaba este aposento, y unos paquetes sin abrir y una caja de sombreros en su parte superior, inferían a su entorno algo especial, quitando personalidad y trájín al resto de los muebles.

La ventana opuesta a la mansarda sólo exhibía encima del marco una gastada cenefa de felpa, faltaban las cortinas laterales; la privacidad

se lograba con vidrios empavonados. Como los quebraban los niños del vecindario, fue necesario reemplazarlos por los de los baños, que tenían el mismo diseño: cisnes arrogantes y garzas picoteando el esmerilado.

Al centro, una mesa de juego acortaba el espacio, y sobre la cubierta lucía una caja china con fichas, tentación en otra época de las visitas inescrupulosas.

En el piso no había alfombras, sólo un salto de cama, tejido a telar, y en los muros tampoco colgaban cuadros, por el hecho de que el empapelado con pagodas, geishas de espalda protegidas por quitasoles, cerezos en flor y puentes arqueados, no habrían tolerado otra escena encima.

Nunca la ventilaban, la luz hacía su recorrido sin interferencias, jamás las horas se desplazaron tan desnudas, destacaban las aristas y contornos de los muebles al venir y deshacían ese trabajo al esfumarse. Vivían para llevar el mobiliario a su punto crítico, preciso, desde dos penumbras, la que engendraba el día y la que se volvía noche.

El piso, como se ha dicho, se cimbreaba con la mera brisa.

4.

Las voces de ese lugar eran prestadas, resonaban adentro provenientes de la huerta, de debajo el alero de la cocina y dependencias. A la salida de éstas, la artesa se equilibraba en improvisados caballetes. Cuántas veces repercutió arriba, permaneciendo entre esas cuatro mullas forradas en pagodas, el griterío de la Vivi o de la Yodalis, cuando no pudiendo contener la vieja artesa toda el agua, se volcaba en la cuneta e iban a dar al foso, lavandera, batea y quien pretendía asistirle. El terraplén jabonoso todo el tiempo era una trampa si alguien daba un paso en falso; hasta las gallinas se iban dentro.

Y los gritos agudos y reconvenções subían, se adelgazaban las palabras por las junturas de los vidrios y acudían a formar las voces, los diálogos prestados de la pieza de huéspedes.

La colcha de la cama aparecía arrugada, desde que la Sonia, otra de las sirvientas, enviada allí para buscar una ampollita, se echó de espaldas, jugando a la visita. Su huella, los pliegues, se oscurecieron de polvo, fosilizándose el drapeado de esa Bella Durmiente ausente.

La cómoda tenía más gracia y recovecos que el ropero con el que no hacía juego. Conservaba intactos sus tiradores y sobre su cubierta

no había nada. Los cajones vacíos, olorosos a ropa en tránsito, los cubrían viejos papeles de periódicos.

A veces alguien que deambulaba por el corredor, giraba la manilla de la puerta, produciendo expectación en ese lugar deshabitado.

Lo hacían para comprobar si la puerta estaba con llave.

El espejo del ropero reproducía con avidez ese inquietante y reiterado movimiento.

Es lo que acontece a la mayoría de los cuartos de huéspedes: el abandono, la soledad, el encierro, la espera, la ausencia de testigos, los predisponen a echar mano de cualquier suceso por fútil y nimio que sea para saldar la falta de asunto y de algún modo reinsertarse en la vida.

De no ser por la manilla que giraba en redondo, el ropero se habría visto forzado a traer desde el fondo de sus espejos la escena que antes de encontrarse en ese destierro, reflejara durante años: la pieza de Alonso, el hijo menor de la viuda: una chimenea de mármol, que jamás encendían, con dos atlantes esculpidos a los costados, los que cargaban sobre sus espaldas la repisa atiborrada de objetos: un bolsón escolar sin abrir, una gorra de paño con insignia, la reproducción en colores de *El sastre*, de Moroni, una estatuilla de la Virgen de los Rayos, un búho embalsamado, tomos sueltos de Rafael Sabatini: *Bellarione el Magnífico*, *El santo errante*, *El hombre de paja*, y el *Napoleón* de Ludwig, empastado en cuero, con una rosa marchita entre sus páginas señalando la batalla de Wagram.

Al otro extremo de esa consola, siempre se encontraba un par de gafas enmarcadas en metal, tan sucias que si alguien las hubiese expuesto a la luz, se habría preguntado:

— ¡Dios santo!, ¿será posible que este pobre niño vea realmente algo a través de estos cristales?

III. METAMORFOSIS

CASA SOLA

1.

Camondo — como allegado en este mundo —, cuando todo proyecto se desvaneció, palpó la vida en sí misma, sin otra aspiración que la de no dejarse aniquilar por la enfermedad y la muerte.

Bola suelta, cosa perdida, tomó el hábito de desplazarse por ese par de playas inmundas, tan desoladas como su porvenir.

Ni siquiera volvió al taller donde Sandro, desobedeciendo sus dudosos consejos, embadurnaba otras concepciones estilísticas.

A Marieta, fascinada con el innovador, no le importaba verse desdibujada en la tela, irreconocible, porque sabía que esa distorsión respondía a una juiciosa y atrevida vanguardia.

El color autónomo hacía de las suyas en las áreas de esa suerte de boceto que apuntaba a altos grados de plasticidad; y ese aparente desajuste incluía entre los nuevos elementos a considerar, el gesto, la espontaneidad y un modo renovado de pintar al revés y así no transitar los trillados caminos del pasado.

Delegada la vieja en manos nuevas, Camondo se planteó la honda soledad que trae una edad crítica como en la que estaba entrando, y le vino desgano de cuanto veía en los demás.

El lugar común se le presentó en cada actividad ajena, y entonces sólo la noble y estable naturaleza le tendió la mano.

Quería silencio, quietud, horizonte plácido; pactó con el mar sin historias, desconfió de cuanto se decía, soñar por allí, la fruta, la sombra, el placer de estar vivo por primera vez, escamotear la cultura, ocultarse a tiempo de la estéril competencia, ver en famosos, originales, destacados, ricos y poderosos, un acentuado despilfarro de mundo, derroche de luz, de las estaciones, y volvióse celoso de su maltratado cuerpo; quiso reponer en la medida de lo posible sus órganos tan exigi-

dos antaño, con el fin de diferenciarse del resto, en circunstancias de que todo tenía reemplazo; ¿es que no lo probaba el hecho de que un zopenco venido de un medio oscuro y sin cultura —se decía— estuviera en este momento haciendo uso de su taller, sus útiles, y de quien hasta no hacía mucho, oficiaba como su modelo?

Incluso se permitió este par de usurpadores, hacerlo callar cuando agotado regresaba de sus paseos para pedir le dieran de comer.

Rogó a su corazón que palpitará por un tiempo para él, sólo para él, que sus venas poco a poco recuperaran su elasticidad perdida, que sus encías sujetaran dientes y muelas; pidió a su cabeza no olvidara nombres ni fechas, a sus ojos que no exigieran un nuevo aumento en sus anteojos, a sus huesos flexibilidad, a los riñones dar curso libre a los líquidos, a la cintura no caer en rigidez, a la espalda soportar por unos años todavía la carga de un cuerpo que prometió dejar en el peso adecuado.

Después de todo habíase vuelto vagabundo, iba de una situación ajena en otra, era el embajador de nada, el recadero del ocio, el agregado cultural en Cartagena, sin que nadie le encomendara misión alguna. Esto le abonó el terreno y contribuyó a sus planes: caminar, ir al garete.

Iba a ser éste su nuevo oficio.

Sostenía la quimérica ilusión de que el andar así, volvería su organismo a una recuperación a tiempo, y si bien todas sus partes habían sufrido un desgaste irreparable, este noble afán —caminar— enaltecería lo que le quedaba de vida, aunque fuese a última hora, tarde, como quien llega atrasado al teatro. ¿Alcanzaría a darse cuenta, antes de morir, de qué obra era la que realmente estaban exhibiendo, y de la que él formaba parte?

No perdía la ilusión de integrarse verdaderamente a este acontecimiento que le significó haber sido.

Con este propósito, cualquier individuo que oficiaba de conocedor del secreto de la existencia, o que sentíase llamado a ordenarla o interpretarla en el más allá o el más acá, eran para Camondo la antítesis de su actual búsqueda.

Capaz que entre cielo y averno exista un correo secreto, pensó, y se adormeció en la tibieza del sol, que lo acunó sobre la arena.

2.

En sus interminables caminatas por las playas del balneario, esquivando a sus semejantes, sólo llamaban su atención los escenarios igualmente abandonados como su presente.

Por ello, cada vez que pasaba frente a la San Julián, identificaba esa fachada clausurada con su actual situación.

Veía en ese torreón ciego, de postigos echados y balcón vacío, su propia identidad; y si no hubiese estado tan empinado, habríase abrazado a esas tablas descoloridas de difícil recuperación, oxidadas por el viento y el malsano hálito del mar.

Muchas tardes, asoleadas horas ociosas, ante la sola vigilancia de la sucesión de postes y la interminable hilera de balaustres y de bancos sin nadie, cuando el mar parecía gratuita e inútilmente ajustado a esa playa desierta, Camondo tomó la costumbre de arrimarse a la puerta de la residencial de la Pilita. Colocaba el índice sobre el botón del timbre sin oprimirlo, idea insólita de hacía años, que, según él, emplearía el día que regresara a Catemu, la casa de su infancia.

En esa ocasión pensaba incluso rehacer el camino entre el colegio parroquial y el hogar.

Una vez ante el inmueble, que ahora quién sabe a quienes pertenecía, Camondo colocaría el dedo en el timbre y reviviría aquella situación sin atreverse a hundirlo.

Aplicaría incluso el oído a la puerta y los ruidos le sugerirían su presencia alrededor de la mesa entre reprimendas de los mayores y algarabías de sus hermanos.

Hombre fantasioso y nostálgico, añoraba aplicar, sin accionar, el dedo en ese botón enmarcado en un rectángulo de mármol.

Adhiriendo a esas extravagancias es que Camondo se allegó a la puerta de la San Julián.

Y ese sueño tenebroso y malsano de hurgar en lo insólito, en lo irremediable e imprevisible, de revertir el orden del tiempo, lo acompañó desde niño cuando se extasiaba en espiar a los demás desde increíbles escondrijos.

Tomó la rara costumbre de hacerlo con la Yodalis, la cocinera de su casa, una mujer corriente que hacía lo suyo sumamente recogida, precisa y en forma metódica.

Para Camondo ese deambular insípido lo fascinaba, y desde su lugar de observación no se perdía ningún detalle: gestos inconscientes

de la mujer cuando rebanaba papas o si se restregaba la manga por las narices.

El hecho de ser testigo de un ser absolutamente abstraído en algo trivial le despertaba mayor interés que encontrarse ante los sucesos más emocionantes de un filme para niños de su edad.

¿No respondía ese juego mórbido de poder sorprender a un semejante, sin defensa, y acondicionar su persona a las circunstancias del momento? ¿No respondía ese espionaje a una profunda necesidad de autenticidad?

Y de ser así, ¿por qué también le resultaba cómico el ensimismamiento de alguien ante un manojito de verduras? ¿Era tan genuino entonces ese abandono o, en su canturreo, la Yodalis se dejaba cierta escapatoria a tan abierta falta de defensa?

¿Qué esencia quería retener y captar el futuro artista? ¿Era el «otro» lo que lo fascinaba o un deseo desproporcionado de sentirse amado de verdad algún día? ¿Seguridad?

Abatido en todo caso, cansado como un enorme y pesado pez que una lienza termina por hacerle perder la batalla, Camondo retiró el dedo del timbre y ya se disponía a renunciar a sus fantasías y ocurrencias de antaño, cuando sorprendentemente advirtió que la puerta del antejardín de la San Julián estaba sin llave, abierta, permitiendo a quien lo deseara, atravesar esos senderos alterados por la hirsuta y rebelde maleza que los cubría.

3.

Jardines vueltos maleza en verano denuncian a las casas solas, incitan a los pirómanos a la acción y al observador atento, a descubrir en medio de esos tallos secos y mustios, verdura fresca que se alimenta de llaves mal cerradas, caños subterráneos obstruidos, humedad almacenada del invierno.

Camondo reparó en un rectángulo con lirios, orejas de oso y una deslumbrante achira solitaria a la que el sol oblicuo encendía, volviendo esos brotes en piedras preciosas. En medio de esa sequía aparecía esa pequeña muestra de colores exuberantes, como un inesperado oasis.

Todo el resto era maltrato y abandono. Cuántas veces no ensartó en esos borrados caminillos de grava su frágil caballete.

Hasta los pastelones de la entrada aparecían inundados de pasto.

Haciendo visera con las manos se afirmó en los cristales de la mampara e intentó escudriñar el oscuro recinto.

Dio un brinco hacia atrás; la puerta giró en sus goznes invitándolo a entrar.

La residencial estaba abierta.

Rápido, como experimentado caco, entró. El vestíbulo en penumbras dejaba ver nítido el aparatoso espaldar del sitial y la silueta del paragüero; el recoveco del pasillo, los primeros peldaños de la escala, y el comienzo de la baranda, sólo se veían a medias.

Tuvo el coraje de juntar la puerta y entrar en la salita.

Era la primera vez en mucho tiempo que una situación excitaba su curiosidad.

Se dejó llevar por el impulso.

Esa parte de la casa le era familiar. Un rayo de sol penetraba como el haz de luz de una proyectora de cine e iluminaba el detalle de una oleografía; la escena representaba un naufragio. A trastabillones recorrió el recibo, palpó la máquina sumadora, el mesón interminable; a cada paso tropezaba con jabs vacías de bebidas gaseosas.

Allí el tiempo no había sido capaz, con toda la tenacidad de su característica, de aligerar el fuerte olor a licores del bar, y de las mesas de las que emergía ese efluvio, como cuando se evapora lentamente una laguna pútrida, situación que habría hecho temblar al intruso y hasta hacerle escuchar perfectamente el monótono ruido de los cachos al lanzar los dados.

Su antigua anomalía malsana de escudriñar a quienes no lo veían, de deambular como un sonámbulo despierto, reapareció con fuerza en Camondo, quien sintiéndose dueño de la situación, la administró con cautela, internándose en esa oscuridad, dándose maña en cada recoveco, solazándose al saberse protagonista único de una escena sola y anónima.

Era el soberano de unos espacios destartados al servicio de ese angustiado ser que los requería para vivir, aunque fuese de modo incompleto fuera del rodar de las horas. Allí dentro, ascendiendo la retorcida escala sonora y de baranda suelta, esos engranajes mecánicos que parcelaban el día no tenían asunto y lo demostraba el reloj de pared detenido con los punteros indicando una hora absurda.

Las historias vividas en ese rellano de la escala, el recuerdo de Gastón Aosta con sus lentes de espejos trepando los peldaños con Marieta perfumada para la traición, que no sólo un peinador, sino un

par de muebles fijaron para siempre en los efímeros espejos, lo llenaron, a pesar de todo, de nostalgia.

Lo que va a los espejos no retorna. Recuperar esas imágenes es arduo trabajo de los culpables, pensó Camondo en su retorcida imaginación, en tanto arribaba al torreón.

A éste, por el mal estado, lo cruzaba la luz fragmentada en múltiples haces violentos como esos cajones de prestidigitadores con una mujer atrapada adentro y atravesados de sables.

Allí se quedó.

Era su cuarto, lugar de tantas decisiones, triunfos y malentendidos.

No le fue necesario abrir la ventana que daba al balcón forrado en hojalata. Desde las rendijas de esa atalaya gacha se veía toda la extensión de la playa. No quiso seguir indagando.

El hecho de saberse en un lugar donde ni la imaginación más perspicaz lo hallaría, lo excitó.

Sentado en el suelo, reclinó el cuerpo contra el zócalo y dormitó.

Un hombre vacío en una casa igualmente sin nada; la coherencia perfecta para que finalmente se hubiesen hallado y completado.

DEVANEOS DE UNA MUSA

1.

A estas alturas el Parnaso aparecía convulsionado. Apolo no pudo reprimir su indignación, hasta el extremo que se le cayeron el lauro y el salterio de las manos.

Dirigiéndose a la musa desocupada de Camondo, la endilgó de este modo: eres una musa descalificada, puesta por la torpeza de un inepto a la vera del camino, una inspiradora deshonrada en las barbas mismas del sarcástico Neptuno.

Todo este escándalo ha sucedido en sus dominios.

Si bien en otro tiempo el amo de los mares y quien te habla, fuimos cómplices en los trágicos sucesos de Troya, desde hace mucho que parecemos irreconciliables — y continuó —, no regresarás aún, tú tienes mucha culpa — y gritó subiendo el tono —, cumplirás mi encargo, de no ser así, deambularás sin destino ni retorno, y ya sabes dónde, así

te acompañe en tu horrible peregrinaje la Envidia, que se retuerce cubierta de sangre y baba venenosa.

Y la desventurada inspiradora tendía sus brazos suplicantes, pretendiendo aferrarse a los altos muros del templo, en tanto una fuerza irresistible la arrastraba otra vez a las desnudas playas de Cartagena.

«De no obedecer mis designios, de no ejecutar la venganza que tengo preparada para Camondo», agregó Apolo, «engullirás víboras y quedarás rezongando y mascullando conjuros y horrores a perpetuidad, y los pastores y sátiros de los prados vecinos y los faunos y ninfas, sentirán asco ante tu rostro pálido y verdoso de mirada estrábica y gesto descompuesto».

— ¡A cumplir pues, la peor de las venganzas! — concluyó el dios y despojándose a tirones de su manto escarlata y haciendo con él un bollo, lo arrojó a los abismos.

Venus, conmovida, acudió en auxilio de la desdichada musa e invitándola en su carroza de viento arrastrada por cisnes, la condujo hasta la Playa Grande. Las huellas de sus ruedas dejaron dos rayos de luna en la arena, los que el mar diluyó con primor.

En el Parnaso, el alboroto no cesaba. Apolo en su furor, hizo cambiar el panorama que tenía frente al templo y auxiliado por Mercurio trasladó de sitio dos montes significativos, una cascada ruidosa y un roquerío que se orientaba hacia el océano; además, taló todos los árboles, conservando sólo las encinas.

Nunca se lo había visto tan airado, ni siquiera cuando su dueña cayera en brazos del joven Tesalia.

Los cielos en ese atardecer aparecieron incoloros, los arboles se resistieron a pintarrapear sus lomos, y Júpiter después de este suceso se volvió inactivo al Olimpo.

La misma Diana acompañada de todas las ninfas, olvidando los éxitos de la caza, hizo un alto en el monte Menalo.

«¡Cuán difícil le es al rostro ocultar la tristeza del fracaso!», se dijo la musa una vez de vuelta.

Y el cielo volvió a rasgarse y Apolo insistiendo, gritó a la desdichada solitaria: «¿Crees que la diligente Juno y la misma Minerva estuvieron a gusto cuando hube de tomar la apariencia del Conejo para recoger los útiles de Camondo? Bien sabes que esa mañana dos Conejos idénticos se paseaban por la carcomida playa. Te repito y advierto (ni siquiera los vientos desviaban sus reiteradas diatribas) que de no

contribuir en el castigo impuesto a Camondo, os arrojaré al Tártaro, el lugar más hondo y trágico del Averno.

«Me has ofendido peor que Marsias, a quien hube de despellejar vivo por pretender tocar la flauta mejor que yo.

«Cuidate, musa, no olvides lo que aconteció al viejo Bato en los prados de Mecenas. Bien lo recuerda Mercurio.

«¿Prefieres revivir el combate?

«Lindas orejas de burro para ese barbero soplón.

«No ignoras, tú, esos hoyos en la tierra donde los traidores confiesan sus culpas y luego de encontrar la muerte, de allí nacen las diversas flores: anémonas, heliotropos, jacintos y acantos.

«Me interesa cumplas a cabalidad mis designios, ya he sido informado que los esbirros de Neptuno se adentran continuamente en las oscuras aguas del océano portando teas encendidas hasta las profundidades, y allí alumbran con ellas toda esa maraña turbia donde mora y dispone mi antiguo camarada. Ahora levanta una y otra vez fuera del agua su sigilosa y gigantesca cabezota y el tridente, frente a las costas del litoral central y alborota el oleaje con sus rotundas risotadas.

«No ha accedido Júpiter a cambiar de aspecto ese lugar, ni siquiera una insignificante roca me permitió remover de su sitio».

Entonces la desdichada musa insinuó a Apolo, a modo de compensación, asistir al joven Sandro en su empeño, o a incursionar en nuevas disciplinas de la belleza con músicos o bailarines requeridos de apoyo, a lo que Apolo se negó.

«¿Y Bombillín?», se permitió insistir.

A pesar de que el dios andaba a veces muy interesado en aventuras pastoriles con el cayado y la flauta en las manos, y guardaba ganado en risueños prados, por única respuesta hizo restallar como látigo un relámpago que extendió su enceguecedor fuego devorando la línea del horizonte.

Luego todo volvió a la normalidad.

Al parecer los payasos en materia de inspiración, deben rascarse con sus propias uñas.

Esa tarde se vio caminar por la playa apaciblemente a una sombra, un espectro sutil, vestido de transparencias que a medida que se acercaba a la residencial San Julián, iba adquiriendo formas más concretas.

«Voy a tomar la apariencia de la mujer barbuda», se dijo la musa; de todos los personajes que circundaron a Camondo, aquél era el más devaluado, y convencida de ello, se vio trepar a la vereda a un hombre relativamente joven, de espesa barba y aspecto delicado.

Sus rasgos femeninos podían justificarse por su extrema juventud, aunque alguien perspicaz habría advertido que esas inconfundibles formas no eran, precisamente, las de un hombre, a pesar de la barba y los atuendos de varón.

— Tengo que obedecer — se decía —, de no hacerlo, corro el riesgo de ir a integrar la interminable fila de musas que, como yo, han fracasado.

Enlutadas, con el laurel apolillado, las cítaras hechas añicos, van esas desdichadas, inspiradoras fallidas, camino del abismo en la remota isla de Delos.

Su castigo consiste en susurrarse continuamente unas a otras, magníficas ocurrencias que no prosperan, que carecen de destino.

La extensa hilera circunda esos gigantescos acantilados, y hasta los cipreses que allí abundan, hacen oídos sordos de sus hablaturías.

— De cumplir lo encomendado, quizás Apolo, dios tan veleidoso, se apiade de mí y compadecido me exima de ese circuito estéril.

Y el joven, redoblando esfuerzos, entró decidido a la deshabitada residencial a obedecer, ciegamente, al amo del Parnaso.

En el momento de cruzar el umbral, sus atuendos se volvieron los que en su encierro usara la mujer barbuda.

Con ellos era inconfundible.

2.

La musa hizo creer a Camondo que compartía con él esas sombras, esos corredores en tinieblas, y ella misma en un comienzo, antes de que se encontraran y actuara, se mimetizó de tal forma, que hasta olvidó por un tiempo su origen y el cometido que la mantenía allí.

Así esos ruidos de ventanas mal cerradas, entablados que encontraban su posición, no eran tales, y la pobre infeliz con las mejillas pobladas desde los ojos al cuello, ante la vergüenza de salir a la luz, sobrevivía de milagro en ese laberinto.

Reacia a rasurarse, vestía de hombre y efectuaba sus compras en

boliches apartados haciendo señas, evitando concitar la atención sobre su voz meliflua.

En cuanto regresaba, volvía a sus polleras, dejando casi a la vista los senos importantes y los detalles que configuraban un cuerpo de hembra espectacular.

Jamás trepó a la torre en muchos meses, nunca antes esas dos personas se vieron y toparon abiertamente.

Hubo ocasiones, sin embargo, en que Camondo rozó las ropas de la barbuda, la que permaneció quieta, hundida en las sombras.

Sabía el viejo que allí alguien se replegaba a su paso, ella reaccionaba de igual modo.

Se habituaron a vivir cada uno en los extremos de la casa, y a tener la consideración de no trancar la mampara, ni encadenar la puerta del antejardín.

Se facilitaban el acceso mutuamente, intentaban hacerse la existencia llevadera.

Se habían conocido en el pasado.

De haber iniciado una relación en ese momento, seguramente que Camondo le habría sugerido efectuar contactos con el circo de fieras de San Antonio, esa carpa agujereada con la jaula rodante apoyada contra la lona, y ese par de felinos impávidos que el público curioso acariciaba tras los barrotes.

Camondo también había deslizado su mano sobre ese pelaje áspero que le hizo recordar el felpudo de la puerta de calle.

La leona se movía impaciente en ese espacio reducido.

El único contacto entre Camondo y la barbuda era cuando el primero regresaba a su casa. Tomó la costumbre de dejar sobre los peinadores restos de alimentos que al día siguiente habían desaparecido. No quedaba rastro, ni siquiera Camondo encontraba los envoltorios.

La barbuda sabía que ese hombre que a diario se refugiaba en la torre, había dejado atrás no sólo el arte, sino a los demás. ¿Cómo entonces seducirlo a través de una aventura? ¿Una historia sentimental? Imposible. Si la realidad como él deseaba encararla, le ofreciera expectativas nuevas, insospechadas, inevitablemente una pasión, un amorío, no tenían sentido.

Y Camondo perseveró en su postura, en su renuncia.

En un comienzo el día le opuso difíciles obstáculos que vencer, horas de angustia, períodos de remordimientos, necesidad de comuni-

cación, ya que todo ese aventurarse fuera de la sociabilidad y la rutina, requería de un duro adiestramiento.

Sabía que si capitulaba, lo más probable sería caer en los brazos de esa mujer barbuda y con pantalones, a quien a pesar de la penumbra, tenía plenamente identificada. «Habríamos conformado con todo, una pareja no tan inusual en los escondrijos del mundo», se decía.

Pero no quiso duplicar esa imagen en los peinadores del altillo. Pensándolo bien, ¿no es simplemente sentarse a mirar la maravilla que nos rodea, a lo más alto a que puede aspirar un artista? ¿No lo afirmó acaso así el mismo Pascal cuando planteó: «Me admiran los pintores que se solazan con la copia de las cosas y no con ellas mismas.»

Apolo comenzaba a impacientarse.

¿Y si Bombillín, se decía Camondo, para justificar su indiferencia hacia la barbuda, premunido de su gran matamoscas y el atuendo que no se quita ni siquiera para retornar a casa, llegara hasta la residencial y convenciera a esta mujer de aumentar el número de artistas sobre la pista mezquina y de escaso serrín?

Imaginaba a la musa de largos cabellos ensortijados, barba completa y traje de baño con lentejuelas, restregando la punta de las zapatillas de raso en el recipiente de la pez de castilla, para no resbalar sobre el carro romano de hule tirado por los leones, que daría la vuelta olímpica al redondel, y Bombillín con el matamoscas dándoles a sus compañeros en las amplias frentes de trapo sin moderación, pensando en su mujer abandonada tantas horas y quién sabe en qué malos pasos.

Apolo comenzaba a impacientarse.

Y de ser así, ¿habría adivinado Marieta escudriñando tras la verja que el hombre barbado que acompañaba al payaso del circo, la superaba con holgura en atributos femeninos?

Y el matamoscas gigante nunca quieto, siempre movedido.

Los descansos los ocupaba la vieja modelo en salir a tomar aire. Sandro en el taller aprovechaba ese recreo para limpiar la paleta y volverla reluciente.

Envuelta en su bata, Marieta se allegaba a la reja, la obsesionaba ese payaso de ropas encendidas como un atardecer. Pequeño, de complejión atlética, brazos poderosos, había sido en su juventud un jinete destacado. Antes fue la blusa de colores con el complementario en ruedo, ahora la camiseta hedionda de mangas cortas y sobre ella los tirantes flojos. Conoció canchas célebres de pasto y arena, viajó al extranjero

ro en aviones al cuidado de caballos fina sangre; fue objeto de trofeos, amigo de preparadores y socios.

Una pista más amplia que la que recorría hoy. Ayer, violencia, insultos, barro y más de un golpe disimulado de fusta. Ahora, la abeja, dos alas insignificantes cosidas al lomo, y ese estribillo repulsivo: «Dame la miel, dámela toda»; y la pistola de agua en plena cara. Caer de la silla plegable, paliza sonora con la palmeta de dos hojas y la voz altisonante en repetición de frases aprendidas. Por eso, terminada la última función, se iba a la calle Centenario a apostar; tranquilamente sentado observaba la competencia hípica en el visor de un aparato de televisión.

Sus hijos eran todos de porte diminuto y ninguno con vocación de jinete.

El caballo del circo, pintado a lunares, tenía el aspecto de un percherón de granja y las cebras y los burros ni siquiera estaban atados y pastaban tranquilamente a la entrada de la carpa.

Sobre el fardo de pasto no faltaba la gallina ponedora recortando su excepcional forma, simple y grácil, y el mono encadenado contra el perfil de los barcos.

La mujer de Bombillín...

Cuando la musa vio que el medicamento se encontraba en su punto, abrió un sobre de jugo instantáneo Yupi y luego lo cerró como salido de fábrica.

El peinador de la torre duplicó la ponzoña.

Apenas el brebaje se insinuó en el cuerpo del viejo Camondo, un torbellino transportó a Apolo hasta la isla de Rodas, donde recostándose sobre la cima de una montaña derramó abundantes lágrimas.

Hace dos días que Camondo no ha vuelto a casa...

Un hombre barbado, bien vestido, al parecer de duelo, permanece cabizbajo en la plaza de Cartagena.

En el balneario, nadie lo conoce.

A pesar de las transformaciones, la plaza ha conservado un par de palmeras de una altura increíble. Mecen sus cogollos bien podados y el veraneante se pregunta: ¿cómo se las arreglan los empleados municipales para afirmar en esos troncos tan flexibles, la interminable escalera?

TAXI FÚNEBRE

1.

La trifulca en el jardín de Marieta no sólo se debía a la embestida del viento que casi descabezaba las palmeras, meciendo los pinos hasta barrer con ellos el suelo, sino al permanente ajeteo y asedio de la policía, carabineros y vecinos que colaboraban en la búsqueda de Camondo.

La verja abierta permitía toda suerte de intrusos, comadres, que traían datos equivocados, decían haberlo visto en los cuatro puntos cardinales; hasta una vaca que rondaba entró al jardín y al ser sorprendida, resbaló sobre los pastelones, cayendo de flanco entre las pitas.

La modelo, con una toalla como turbante y envuelta en su vieja bata, retorciase las manos junto al teléfono.

El taller era objeto del peregrinaje de los intrusos que iban del Moisés amedrentador hasta los desnudos de la modelo, la mayoría sólo reconocibles por ciertos detalles, los que en las telas más académicas aparecían bien precisos.

Una muda, amante del cuidador de la esquina, frente a las pinturas, no cesaba de emitir gruñidos, llevándose las manos a la boca, gesto por lo demás sin objeto.

El término de esta romería coincidía con el final del día, y al último portazo, y el candado a la reja, seguía el grito desolado de la pobre mujer que ignoraba cómo solucionar su problema.

Entonces intentaba asumir una actitud positiva, imaginaba que Camondo estaba por llegar, colocaba su puesto a la mesa, y sentábase enfrente sin poder probar bocado.

Volvía al teléfono, llamaba a la comisaría, salía nuevamente al jardín, leía en el firmamento por si esa tela agujereada le sugería alguna pista.

Desesperada, en cierta ocasión abrió la verja y buscó el camino. La soledad de esas altas horas previas al amanecer, enseñaban su calle como equivocada, trasladada de lugar.

Leyó en el letrero montado en el soporte: León XIII.

Al volver a casa vio que una figura de oscuro, arrimada a los pinos, emergía de su escondrijo y le interceptaba el paso. Le impresionó la blancura de esos dientes en la sonrisa más equívoca. El joven

llevaba los cabellos cortos, los que se continuaban en una barba negra que hacía resaltar la nariz femenina y los hermosos ojos. Vestía de luto y una bufanda de seda ocultaba el cuello impecable y la corbata.

Marieta trató de ingresar al jardín, pero el joven se lo impidió. Incluso fue violento al cogerla por las solapas de la bata.

La modelo tropezó en el escalón y estuvo a punto de caer.

El joven sacó una fotografía de carnet y la exhibió.

— ¡Camondo! — el grito de Marieta dejó indiferentes a las ventanas, algunas iluminadas, del vecindario.

El joven barbado retiró la cartulina, la introdujo en su bolsillo, y con un gesto preciso le indicó que lo siguiera.

Primero llegaron a la escala de peldaños hechos trizas que va hasta la avenida La Marina.

Allí no existía alumbrado, así es que descender a tientas significaba confiar en el enigmático guía.

Marieta intentó cogerlo del brazo, pero éste la rechazó, por lo que tuvo que arreglárselas sola, encontrando dificultad en los múltiples accidentes de esa escala que, de tanto en tanto, se interrumpía para continuar por la falta de peldaños en un montón de tierra.

Una vez en la cancha de patinaje, los escasos faroles hicieron el camino más llevadero. El joven, mucho más adelante, no se preocupaba de ella.

Al iniciar el tramo de la terraza, cuando cruzaban a los pies de la Virgen de los Suspiros, a la modelo se le doblaron las piernas y cayendo de rodillas, dio la pose más conmovedora de su vida.

El joven esta vez se detuvo y aguardó pacientemente a que Marieta terminara su plegaria. Sus ojos se volvieron dos ranuras incandescentes y palideció la tierra.

Un resplandor débil pintaba los pies de la imagen; las velas de las mandas aún encendidas, demoraban en consumirse y agónicas — en tanto quienes las habían ofrendado dormían —, daban los últimos destellos antes de volverse extensos goterones de esperma.

En el recodo de esa terraza tallada en el flanco abrupto del peñón, las olas empujadas, elevándose, volvíanse abanicos verticales que en equilibrio mantenían un instante su diseño, antes de desplomarse, dejando al irse pozas en la vereda y en el aire flotando una tenue llovizna.

Cuando la modelo llegó a la curva desde donde se divisa la Playa Grande, el joven la miró intensamente y aceleró el paso. Antes de

cruzar la calle, tomó a Marieta de un brazo y la condujo al interior del pasaje Zenteno.

Al pie de la insólita casa angosta pintada de rojo, madriguera de drogadictos, sacó de entre sus ropas una bolsa de plástico y con ella le cubrió la cabeza. La modelo por instinto no opuso resistencia. Encapuchada la condujo por una puerta trasera hasta el interior de la San Julián, auxiliándola en los corredores, sobre todo en la escala donde tuvo buen cuidado de que Marieta no se apoyara en la baranda y reconociera el lugar.

Una vez en la torre, la que habían recubierto con paños negros para volverlo un lugar diferente, el joven quitó la bolsa a la mujer, quien se enfrentó a Camondo. Estupefacta, la modelo retrocedió unos pasos. La réplica del viejo era colosal, sólo a escasos centímetros se advertía que se trataba de una figura de cera, porque a cierta distancia daban ganas de hablarle, mostraba sus rasgos, ademanes y la mirada tan verídicos, que Marieta en su anhelo de encontrarlo con vida, se le echó encima, abrazando contra su cuerpo ese volumen rígido que se golpeó contra el muro.

Cuando quiso indagar sobre todos estos hechos, el joven barbado había desaparecido.

Marieta recorrió los paños, reconoció el altillo y entonces los peinadores la situaron aún más en esa realidad.

Pensando que era víctima quién sabe de qué extorsión, no perdió la calma y un impulso la instó a quitar la cabeza del cuerpo de cera y con ella en los brazos, dejó la residencial y volvió camino a casa.

Como ésta pesaba tanto, tuvo que descansar varias veces a lo largo de la terraza.

Los ojos de vidrio la miraban fijo y al pasar frente a la Virgen de los Suspiros, pensó que no había diferencia entre el trofeo que llevaba en su regazo y esa imagen empotrada en el peñón frente al océano:

—¡Tampoco tú eres la genuina madre de los cielos! —le dijo.

Marieta, siempre desconcertada pero más tranquila, sintió que era cosa de aguardar, que todo este enigma debía responder a una lógica, que las réplicas tienen un sentido, los parecidos logrados apuntan a profundas compensaciones, llenan vacíos que la ausencia reclama. Porque sabido es que lo que realmente amamos nos es esquivo, difícil de recomponer en la memoria. Sólo se puede recordar con nitidez lo que nos es indiferente.

Son pruebas infalibles del odio y el amor.

Además, ¿volverse una copia inanimada, fría y perfecta no había sido el constante empeño de Camondo durante su vida?

2.

La modelo detuvo un taxi en plena noche.

Una vez en su interior dio las señas al chofer y colocó cuidadosamente la cabeza de Camondo sobre sus rodillas.

En Cartagena, nunca se supo de ese solitario y trágico cortejo fúnebre.

Y mientras el viejo automóvil orillaba la playa, remontando dificultosamente la pendiente rumbo a la estación, se podía intuir la profunda pasión que Marieta sintiera por ese hombre con quien había compartido la mayor parte y los mejores días de su azarosa vida.

Todos los dioses aprobaron la gestión de Apolo.

La musa de Camondo fue perdonada y el mismo Júpiter apareció colosal y majestuoso, invitándola hacia el cielo a través de una suavisísima llovizna refractaria de los maravillosos colores del arco iris.

Una vez sosegado el Parnaso, Apolo sintió redoblarse el peso sobre sus espaldas.

Marieta Berríos Berríos murió en la primavera de 1989.

Gastán Aosta se suicidó dos años más tarde en un hotel de Buenos Aires.

Sandro alcanzó fama internacional y cuando vio declinar su estrella, tuvo la sabiduría de aceptarlo con disimulo y dignidad. Nunca regresó a Cartagena.

A Helena aún se la puede ver recorriendo la Playa Grande; no se resigna a que el incommovible océano se resista a devolverle lo que le resta del amor.

Bombillín fue ascendido a Señor Corales. Sus compañeros de pista se pelearon por reemplazarlo en el número de la abeja y aunque efectuaron esa rutina con eficiencia, nunca alcanzaron la maestría, originalidad y desplante del antiguo campeón de los hipódromos.

Cartagena 1992-1995



Adolfo Couve

Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

